

col antig. 6272

VAMOS A CONTAR MENTIRAS

=====

(Nueva versión)

Obra en dos actos, original de
ALFONSO PASO

=====

891.510

P E R S O N A J E S

=====

(Por orden de aparición)

JULIA.

ELISA.

LORENZO.

CARLOS

JUAN

RAMIRO

BERMES

ROSA

UN HOMBRE.

-----oOo-----

Acción. en una colonia de hotelitos situada a las afueras de
Madrid y en el chalet del matrimonio Poveda.

Epoca: una Nochebuena de nuestros tiempos.

Lados: los del director de escena.

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Carlos y Julia Poveda. Trátase de una gran habitación, espaciosa, decorada y puesta con un excelente buen gusto. Es la pieza noble de la casa, un hotelito situado en un barrio residencial de las afueras de Madrid. En el foro hay un gran ventanal practicable, que comunica directamente el salón con un jardín estilo inglés. Hacia la derecha, también en el foro, la puerta de acceso al hotelito, dotada de cerradura y cerrojo de resbalón. Puertas a derecha e izquierda. Esta última abre paso al resto de las habitaciones. La primera comunica directamente con un dormitorio. Una chimenea. Sofá, una butaquita, una pequeña mesa con bebidas. Un biombo. Teléfono. Radiogramola. En las paredes buenos cuadros, cortinas de excelente gusto en el ventanal. Son las ocho y media de un 24 de diciembre de nuestros tiempos. En el foro, en lugar adecuado, hay un bonito árbol de Navidad poblado de lucecitas multicolores.

-----oOo-----

(ELISA, una doncella. Tiene veinticinco años, es delgada, de pequeña estatura y músculos flexibles. JULIA está cercana a los cuarenta, no excesivamente y es una mujer de singular encanto y especial elegancia. Viste soberbiamente, un atavío de gala y se adorna con unas joyas magnificas)

JULIA: Puede usted oír discos, Elisa.

ELISA: Prefiero acostarme, señora. De verdad.

JULIA: Es una pena que no tenga usted familiares en Madrid ni novio ni cosa por el estilo. Ya sabe que las mujeres que no tienen novio tienen una cosa por el estilo.

ELISA: Sí. He visto que éso es moda en Madrid.

JULIA: Si tuviera usted alguna amistad podría pasar la Nochebuena con ella. Me da lástima que cene usted tan sola y se acueste.

- ELISA: No se preocupe por mí, señora. Le aseguro que no me importa.
- JULIA: El señorito está muy contento con usted, en el mejor sentido de la palabra. Me dijo que en las dos semanas que lleva aquí he demostrado unas ganas de...de...¿cómo se dice eso que les gusta a los alemanes?
- ELISA: Trabajar.
- JULIA: Eso. Unas ganas de trabajar poco frecuentes en el gremio. Y que es usted despierta y no se nota en nada que sea una recién llegada a la capital.
- ELISA: He trabajado en Zaragoza. No es París, ya lo sé. Pero algo se le acerca.

(LE LUZ TIEMBLA. BAJA DE INTENSIDAD)

- JULIA: ¡Vaya, ya tenemos el apagón!

(LA LUZ SUBE GRADUALMENTE)

- ELISA: Está toda la tarde así. No se preocupe. No llega a apagarse del todo. ¿Ve?

(LA LUZ BAJA)

- JULIA: ¿Usted cree?
- ELISA: Siempre ocurre cuando llueve. Debe ser que se llenan los pantanos. (LA LUZ SUBE) Ya la tiene usted como Dios manda.
- JULIA: A mí me marea.
- ELISA: A mí también. Claro que soy muy propensa. Cuando bajo de un coche empiezo a hacer eses y casi me tienen que sostener.
- JULIA: ¿De verdad no quiere que llame a la chica del hotelito de al lado? ¿Creo que tienen preparada una juerga a base de villancicos que va a resultar estupendamente. La vecina me ofreció turrón y fruta escarchada por si no habíamos comprado.
- ELISA: Si la señora me lo permite le diré que, con todo respeto, la Nochebuena me parece una ocasión excelente para recogerse, meditar un poco en soledad y dormir tranquilamente en lugar

de cometer excesos. Se puede tocar un pandero porque haya ganado el Real Madrid, pero porque sea Nochebuena me parece un poco fuera de tono.

JULIA: ¡Qué rara es usted!

ELISA: No soy rara. Soy de Vitoria.

JULIA: ¡Ah!

ELISA: ¿Tiene alguna cosa que mandarme?

JULIA: No. ¡Ah, si llamara la señora de Pérez Puerto, le dice usted que nos hemos ido a cenar al Hotel Carlos V de Toledo.

ELISA: ¿Por qué?

JULIA: ¿Cómo por qué?

ELISA: ¿Por qué tengo que decir que van ustedes a cenar al Hotel Carlos V, de Toledo, cuando en realidad van al Hotel Felipe II, de El Escorial?

JULIA: Pues no sé... como eran padre e hijo.

ELISA: Es una mentira innecesaria. Si tiene usted en cuenta que la señora de Pérez Puerto cena en su casa, no sé por qué hay que decirle ese embuste.

JULIA: Verdaderamente. Bueno, dígame que hemos ido al Felipe II.

ELISA: Así es mejor.

JULIA: ¿Le gusta como voy?

ELISA: Muy elegante, señora. Tal vez...

JULIA: ¿Qué?

ELISA: ¿Son buenas las joyas?

JULIA: Eso dice mi marido.

ELISA: Diciéndolo su marido es distinto. Son buenas. ¿No teme perderlas? ¿O qué se las quiten? Van a pasar apreturas. Y aunque tenga mesa reservada, ya sabe lo que son estas cosas. Más con estas modas absurdas de pasar la Nochebuena fuera de casa

JULIA: Pues bien mirado tiene usted razón. El año pasado, en Nochebuena, con tanta trompeta y tanto pisotón, le quitaron a mi marido una pulsera de brillantes. Yo digo que a mi marido por que me tuvo que comprar otra.

ELISA: ¿Lo ve? Llévese el abrigo de visón. En la sierra suele hacer frío. ¿Me necesita?

JULIA: Puede retirarse. Feliz Nochebuena, Elisa.

ELISA: Feliz Nochebuena, señora.

(Elisa desaparece por la izquierda. Julia ha marcado un número en el teléfono. Inopinadamente, empieza a hablar con una voz entrecortada y sollozante)

JULIA: Feliz Nochebuena, mamá. Muy contenta, mamá. Muy animada, mamá (SOLLOZANDO) Todo perfecto. (SE REPORTA) ¿Carlos? Vendrá ahora. Nos vamos a cenar fuera de Madrid. Al Hotel de Las Sirenas de Segovia. ¡Y qué sé yo! Le recordará algo. No, mamá. No la ha dejado. Sigue con la rubia platino. Sí, Colores. Se llama Dolores. Bueno, yo te diría Mercedes por no darte disgusto, pero es Dolores. Sí. Tiene una madre. Sí. Y tú. Ya lo sé. Pero ellas tienen una madre especial. Ayer le dió un cheque de cincuenta mil pesetas. Y le ha comprado lavadora, nevera y televisión. Y lo peor es que Dolores tiene novio... Sí, un chico de... ¿cómo se llama ese pueblo por donde se pasa siempre? Mottilla del Palancar, éso es. Anda con una navaja detrás de Carlos y me temo lo peor. No, no. Que le acierte. ¿No ha visto Lorenzo, un amigo suyo, y ha tenido la poca vergüenza de subirlo al piso de la prójima. Lorenzo me lo ha contado todo. Sí. No, tú no te metas en nada. Yo veré cómo lo arreglo. Feliz Nochebuena, mamá. Que lo paseis bien. Si quieres algo no tienes más que llamar al Hotel Condestable, de Burgos. Adiós, mamaita.

(Cuelga. Mira sobre la mesa. Luego dirige su mirada a la butaca. Comprueba algo para su interior. Hace mutis por la derecha. La puerta del foro se abre. Entran CARLOS, cercano a los cuarenta, buen tipo, simpático y LORENZO, de parecida edad, con aspecto de ingenuo e infeliz. Visten de smoking. Tienen frío y Carlos se frota las manos con un paño porque al parecer las trae empapadas de grasa)

LORENZO: Alguien te lo podrá hacer, Carlos. No te pongas así.

CARLOS: Alguien. ¡Desmontar el delco y arreglar la luz de cruce! Y para colmo, el hígado doliendo. ¡Estamos listos!

(TOMA EL TELEFONO. MARCA UN NUMERO)

LORENZO: Pero debías haberte dado cuenta.

CARLOS: ¿Tú no sabes que después de los resultados de los partidos lo más sorprendente es el aparato eléctrico de un Seat?

LORENZO: Hombre...

CARLOS: Anoche funcionaba la luz de cruce. Al dejarlo en el garaje ya noté que algo no marchaba bien. Eché el cierre y me vine. Hacía demasiado frío para ponerse a mirar el motor. (CUELGA)
Nadie. Vete a decir a alguien que te arregle un coche en Nochebuena. Todo cerrado, todo el mundo cenando.

LORENZO: Podríamos alquilar un taxi.

CARLOS: Un taxi en Nochebuena...!qué risa!

LORENZO: Total, que no podemos salir de Madrid.

CARLOS: Mucho me lo temo. Y el caso es que no se ha preparado cena.

LORENZO: Puedo llamar a Luisita.

CARLOS: ¿A tu novia?

LORENZO: Como ellos no salen es posible que el padre nos deje el coche

CARLOS: Es una buena idea. ¡Anda! (LE DA EL TELEFONO)

LORENZO: (MARCANDO) Dos (A CARLOS) ¿Cuándo fué la guerra de la Independencia?

CARLOS: En 1.808.

- LORENZO: (MARCANDO) Al revés las dos últimas. 80. (A CARLOS) ¿Y la revolución francesa?
- CARLOS: En 1.798.
- LORENZO: Al revés las tres últimas. (MARCA) 897. (A CARLOS) ¿Los mosqueteros esos de Dumas cuántos eran?
- CARLOS: (ESTUPEFACTO) Tres.
- LORENZO: Tres. (A CARLOS) Gracias.
- CARLOS: Oye, no me digas que tienes que hacer todo éso para telefonear!
- LORENZO: Es que como tengo tan mala memoria, me ayudo como puedo.
- CARLOS: Y eres ingeniero.
- LORENZO: Los ingenieros no entendemos de números, Carlos. Ya te lo he dicho. Y al ponerme el smoking me he dejado el cuadernito de teléfonos en el traje gris. Ya sabes que me lo olvido todo. Acuérdate cuando fui al callista y salí a la calle con los pies por las buenas...el pobre callista venía detrás gritando: "¡Los zapatos! Que se deja usted los zapatos..." (AL TELEFONO) ¿Luisita?...De parte de...!Ah, eres tú! Soy Lorenzo. ¿Qué tal esa cena en familia? La estás preparando ya, ¿eh? Oye, cielo...tu padre... (PAUSA) Siempre te llamo cielo. Pues no sé, es la costumbre española. Los ingleses dicen darling. Verás, estoy en casa de Carlos y... (PAUSA) ¿Quién? Una sueca, Hildegard. Sí. Campeona de natación. Ya. ¿Que por qué no la llamo cielo a ella? Oye, soy muy raro, pero tanto como para conocer suecas...!No, diablos! ¿A dónde me la he llevado? A Aranjuez, Luisita...sí...la Casita del Príncipe, el Palacio, el Tajo, sí...pero no le des ese tono, que parece el Barrio Chino de Marsella. Que no conozco a ninguna sueca, caray. Yo...darle un beso yo a una mujer...!pero si no se dejan! Las suecas a los tres meses de estar en España tampoco. ¡Luisita, por la Virgen! No te pongas así. ¿Me han visto?.

¿Quién? ¡Carlos! (TAPA EL MICRO) ¿Carlos, tú me has visto con una sueca?

CARLOS: Pues claro que no.

LORENZO: (AL TELEFONO) ¿No te habrán dicho que me han visto con una tuerca? Como soy ingeniero...!Oye...escúchame! No, no hemos terminado. ¡Oye! ¡Oye! (A CARLOS) Ha colgado.

CARLOS: Déjame. (TOMA EL TELEFONO)

LORENZO: La guerra de la Independencia...

CARLOS: Me lo sé de memoria. ¡Cualquiera se olvida de ese número! Con el trajín histórico que te has traído para recordarlo. (HA MARCADO UN NUMERO) Comunica. Debe haber descolgado. (CUELGA)

LORENZO: ¿Qué hago?

CARLOS: Pues esperar. Sabe donde estás. Te llamará ella misma. O si no, siempre podrás telefonarla tú, no va a pasarse comunicando toda la noche.

LORENZO: ¿Qué le has dicho, Carlos?

CARLOS: ¿Yo?

LORENZO: Cuando te bebes tres whiskys, empiezas a soltar por esa boca,

CARLOS: Pero si siempre digo verdades. Y no me hables de bebidas, que me ha pasado toda la mañana con unos latigazos en el hígado..

LORENZO: ¿Qué has hecho, Carlos? ¿Qué nueva broma me has gastado?

CARLOS: Lorenzo, te juro por lo más santo que no he dicho nada de eso

LORENZO: Pues ella asegura que tú me has visto besar a una sueca en Aranjuez. Que ya es gracioso llevársela tan lejos.

CARLOS: ¡Y dale! Eso es un infundio. Oye...es que no lo entiendes. Tenía que haberte visto y no lo diría.

LORENZO: Por espíritu de cuerpo.

CARLOS: Esas cosas no se cuentan.

LORENZO: ¿Pero de dónde ha sacado que se llama Hildegard y que es campeona de natación?

CARLOS: Una cotillería. Cualquier mala intención. (SUENA EL TELEFONO)
 ¿Ves? ¿Qué te decía yo? Ahora llama para aclararlo todo. Co-
 sas de mujeres. (LE DETIENE) No. Déjame a mí. Verás que pron-
 to lo arreglo. (TOMA EL TELEFONO) Luisita...me alegro de que
 hayas decidido llamar. Me parece... (PAUSA) ¡Ah, es usted, ma-
 má! Sí, sí. No. Una señorita novia de un amigo mío...sí...,
 que han regañado. Dígame. ¿Que ya sabe usted que estoy con
 dolores? Pues sí. Pues claro que lo reconozco, pero no se pre-
 cupe usted que no es nada importante. ¡Esas cosas se pasan!
 Ya sabe que por estas fechas siempre se cometen excesos. Pero
 he consultado con el médico y me ha dicho que moderándome no
 hay cuidado. ¿Caradura? ¿Quién? Oiga, señora...!que sí, caram-
 ba, que estoy con dolores! Hace una semana con más intensidad,
 pero es de toda la vida, señora. Tomo Buscapina y se me pasa.
 ¡Que no la entiendo! ¿Pero por qué me va a dar vergüenza? Hay
 miles de personas a las que les duele el hígado y no se ocul-
 tan. Pues claro que me refería a esos dolores. ¿Quién? ¿Dolo-
 res con nevera? Una mujer...¿yo? Cincuenta mil pesetas. Seño-
 ra, para darle a una mujer cincuenta mil pesetas tiene que
 ser Madame Curie. ¡No le entiendo ni palabra! Ya. Cuidado con
 el de Motilla del Palancar. ¿Con el cruce? ¡Todo eso es una
 calumnia asquerosa! ¿Quién lo ha contado? ¡Lorenzo! ¿Qué ha
 subido al piso de Dolores? (TAPA EL MICRO) ¿Tú has subido al
 piso de Dolores?

LORENZO: ¿Pero qué Dolores?

CARLOS: (AL TELEFONO) Señora, hable claro. ¡No llore! ¡No llore! ¡Se-
 ñora! Escuche... (HAN COLGADO) ¡Maldita sea! (CUELGA EL)

LORENZO: No te molestes en llamar porque estarán comunicando.

CARLOS: Lorenzo, ven aquí.

LORENZO: Sin violencias.

CARLOS: ¿Tú me has acompañado al piso de alguna mujer?

LORENZO: Nunca.

CARLOS: ¿Tú me has visto con alguna diversión?

LORENZO: ¿Tú me has visto a mí con la sueca?

CARLOS: Contesta.

LORENZO: Pero ¿qué quieres que te conteste? No. No te he visto. Porque que yo sepa eres el marido más fiel que conozco y yo el novio más constante que pueda existir.

CARLOS: ¡Pero qué embrollo tan sucio! (SE ACERCA A LA BUTACA Y GOLPEA EN EL BRAZO) Y lo malo es que ahora hay que perder un día en aclarar todo esto.

(Toma unos pantalones que hay en la butaca con los tirantes abotonados)

Y quisiera yo saber... (MIRA LOS PANTALONES) Quisiera yo saber de quién son estos pantalones.

LORENZO: Tuyo.

CARLOS: ¿Míos? En la vida he usado tirantes. En absoluto, no tengo ningún traje de este color.

LORENZO: ¿Y qué hacen ahí?

CARLOS: Pues no lo sé.

LORENZO: Porque un salón no es un sitio de quitarse los pantalones.

CARLOS: Desde luego.

LORENZO: El problema de encontrarse así de pronto unos pantalones es concretar quien va dentro.

CARLOS: Eso mismo estaba pensando.

LORENZO: ¿Por qué no llamas a la criada?

CARLOS: ¿Elisa? Le fastidia plancharlos. Es una muchacha muy seria y muy formal. Lo más sencillo es registrarlos. (BUSCA EN LOS BOLSILLOS) Nada. Nada. (DEL BOLSILLO POSTERIOR SACA UNA CARTA) Una carta. (COMIENZA A LEERLA) "Julia de mi vida (MIRA A LO-

RENZO. CONTINUA CON LA VOZ (QUEBRADA) Hoy más que nunca sé que el imbécil de tu marido no te comprende. Que no te merece y que debes dejarlo definitivamente.

LORENZO: (CASI SIN VOZ) ¡Caray con los pantalones!

CARLOS: (LEYENDO) Cada vez me desagrada más esta clandestinidad a que nos vemos obligados. Cada vez me molesta más esconderme debajo de la cama o tener que salir corriendo de improviso porque él viene. Prométeme que para año nuevo estaremos juntos. Yo voy a dejarlo todo, déjalo todo tú también. Perdona que te escriba a máquina. Lo hago en un instante y a escondidas. No temas dejarle. Él se consuela bien con esa rubia repugnante, esa Dolores con la que se gasta el dinero a manos llenas. Ya no le perteneces. Un beso muy fuerte de tu (FAUSA) Lorenzo

(Mira a Lorenzo que le sonríe tímidamente, como un conejo que acaba de comerse una zanahoria. Pausa)

¿Y bien?

LORENZO: Oye, Carlos. No pensarás que yo...es una monstruosidad espantosa. Esa no es mi letra.

CARLOS: Está escrito a máquina.

LORENZO: Por eso digo que no es mi letra.

CARLOS: Lorenzo...

LORENZO: En todo caso tú no pensarás que voy a dejar los pantalones en cualquier sitio sin darme cuenta.

CARLOS: Pienso que te dejaste los zapatos en casa del callista.

LORENZO: Hay diferencias notables entre lo que cubren sus zapatos y lo que cubren unos pantalones, te lo aseguro. Sin zapatos puedes ir hasta por promesa, pero sin pantalones te detienen, a no ser que seas extranjero.

CARLOS: Abrete la chaqueta.

LORENZO: Pero, Carlos...

CARLOS: ¡Abrete la chaqueta! (LORENZO OBEDECE. MUESTRA UN PAR DE TIRANTES DE SMOKING) Lo que pensaba. Usas tirantes.

LORENZO: Pues sí. Desde pequeño. Entonces usaba uno solo, así, cruzado, porque era la moda.

CARLOS: Y te dejaste el cuaderno de los teléfonos en el otro traje.

LORENZO: Sí.

CARLOS: El traje gris.

LORENZO: Precisamente.

CARLOS: Precisamente. (Y LE ENSEÑA LOS PANTALONES QUE SON GRISES)

LORENZO: ¡No querrás que me los pruebe!

CARLOS: Ahí dentro.

(Señala la izquierda. Y le tiende los pantalones que Lorenzo coge con su pobre sonrisilla de siempre)

LORENZO: ¿Pero tú me crees capaz de...?

CARLOS: No tardes.

LORENZO: No sé si sabrás lo que es una talla. Eso que inventó Quirós. Bueno, pues está probado que existen cuatro tallas para todos los hombres del mundo, incluidos los chinos.

CARLOS: No tardes.

LORENZO: Eso quiere decir que a lo mejor los pantalones me están bien y son de otro.

CARLOS: ¡Ya está bien! (EL TELEFONO SUENA. LO TOMA CARLOS) Sí, sí. Casa de los señores de Poveda. ¿Qué se ponga la señora? Voy a buscarla. ¿De parte de quién? (UNA PAUSA) De Lorenzo. Aguarde usted un instante.

(Deja el teléfono, da un paso y de pronto cae en la cuestión, toma el teléfono de nuevo)

¿Ha dicho usted Lorenzo? Sí, sí. De prisa porque está usted en una cabina telefónica. (MIRANDO LOS PANTALONES) Y no puede salir...claro...Desde luego que la llamo. (DEJA EL TELEFONO)
¿Pero qué es esto?

LORENZO: No había caído en ello, Carlos. Hay infinidad de Lorenzos; está Lorenzo González, San Lorenzo de "l Escorial.

CARLOS: ¿Qué diablos pasa? Eso es lo que me gustaría saber. (VA A LA IZQUIERDA. ENTREABRE LA PUERTA) ¡Julia! ¡Julia! ¡Date prisa! (CIERRA LA PUERTA. CRUZA HACIA LA DERECHA) ¡Julia! ¿Dónde estás? Julia...que Lorenzo se está enfriando. ¡Julia!

(JULIA aparece por fin por la derecha. Se ha despojado de sus joyas)

JULIA: ¿Me llamabas?

CARLOS: Sí. Preguntan por tí. Por teléfono. Un tal Lorenzo.

(Cierta turbación en Julia. Avanza. Saluda a Lorenzo)

JULIA: Hola, Lorenzo. (TOMA EL TELEFONO. EN EL MISMO TONO) Hola, Lorenzo. Sí, sí. Ya lo sé. (INTENSIDAD EN LA VOZ) No es posible Lorenzo, El hogar debe estar por encima de todo. No seas chiquillo, Lorenzo. Déjalo. No. Algún día, tal vez. ¿Aquí? ¿Qué te has dejado aquí una cosa y no sabes lo que es? Pues así, a simple vista...

(CARLOS LE ARREBATA EL TELEFONO)

CARLOS: Venga usted a buscarlos porque los tengo yo. Sí, en la mano.

JULIA: ¡Dios mío!

CARLOS: ¡Oiga! ¡Oiga! (HAN COLGADO. CARLOS CUELGA. SE VUELVE A JULIA)
¿Pero qué significa esto?

JULIA: (HURTANDOLE LA MIRADA) Es muy largo de contar.

CARLOS: No, no. Tú me lo cuentas.

JULIA: Carlos, la vida es como el Bolero de Ravel. Siempre lo mismo.

CARLOS: Déjate de tonterías. ¡Acabemos! ¿Quién es ese tipo?

JULIA: Está Lorenzo delante.

CARLOS: Pues se va.

LORENZO: ¡Que no tengo donde cenar!

CARLOS: ¿Pero es que crees que vamos a cenar con este panorama por

delante? ¡Julia!

JULIA: Te he dicho que es siempre lo mismo. Muy vulgar. Un hombre se ha enamorado de mí. De ahí no pasaron las cosas.

CARLOS: (SEñALANDO LOS PANTALONES) ¿Y éso?

JULIA: (MUY EN TONO DE COMEDIA) Un olvido lamentable.

CARLOS: Bueno, ¿pero es que quieres volverme loco? ¿Cómo se puede llamar al remate de todo este embrollo un olvido lamentable? ¿Y esta carta?

(Se la da. Julia la lee por encima. La besa suavemente y la rompe)

JULIA: Estoy decidida a terminar. Este árbol de Navidad significa muchas cosas. El hogar, la calma familiar, el deber... No me culpes. Fui un poco débil.

(Enciende un cigarrillo con mano temblorosa. Tono dramático)

Este año cuando te quedaste en Madrid y me mandaste a veranea a Robledo de Chavela. El apareció como un príncipe encantado, Le perseguía la Guardia Civil por un delito que no había cometido. Le oculté. Llegaron las fiestas. Los cohetes, los mozos dándose navajazos, todo aquello era demasiado para una pobre mujer. No pude evitarlo. En la plaza, aprovechando la confusión que se produjo cuando le pusieron la zancadilla a una vieja... me besó. Sí. Es mejor que lo sepas. Luego... (SE CUBRE EL ROSTRO CON LAS MANOS) ¡Dios mío! No me obligues a contarte todo.

CARLOS: No necesito oír más. Buenas noches.

(SE DIRIGE HACIA EL FORO)

JULIA: No irás a marcharte.

CARLOS: ¡Claro que sí! Ahora mismo.

JULIA: Pero es Nochebuena.

CARLOS: Por éso. ¡Buenas noches! (ABRE LA PUERTA DEL FORO)

JULIA: Espera, Carlos.

CARLOS: No hay nada que esperar.

JULIA: Es mentira.

CARLOS: ¿Qué?

JULIA: Todo lo que he dicho. Es mentira.

CARLOS: Pero...

JULIA: (RABIOSA) Sí, mentira. Como cuando te conté que había sido novelista antes de casarnos, como cuando te dije que me mandaba flores un tipo misterioso y me las mandaba yo misma. ¡Mentira!

CARLOS: ¡Virgen santa!

JULIA: El veraneo en Robledo se redujo a pasear por la carretera y a comentar las temperaturas de Madrid, como de costumbre. Esos pantalones los he comprado yo mismo. La carta la escribí en casa de Isabel, de mi prima, a máquina.

CARLOS: ¿Y el tipo que ha llamado por teléfono?

JULIA: Es Clemente, el novio de Isabel. Le rogué que lo hiciera. Mi prima le convenció.

LORENZO: Oye...¿no habrás sido tú...?

CARLOS: Espera. Tú has hablado con Luisita...¿verdad? (JULIA ASIENTE) Y le has dicho que yo ví a este infeliz con una sueca campeona de natación en Aranjuez. (JULIA ASIENTE) Y me has inventado una amante que se llama Dolores delante de tu madre y has afirmado que Lorenzo te lo contó todo y que ha subido al piso de la tal Dolores. (JULIA ASIENTE) ¿Pero por qué?

JULIA: (TRAS UNA PAUSA) Por decir algo.

LORENZO: ¿Y por qué no dices eso de "A un panal de rica miel cien mil moscas acudieron..."?

CARLOS: No te lo tomes a broma. Es más grave de lo que parece. Voy a llevarle al médico.

JULIA: ¡No!

- CARLOS: Sí. ¡Dios mío...mentiras, mentiras, mentiras! Todo en ella es un puro embuste. En cuanto abre la boca es para soltar una farsa. ¡Qué imaginación! Porque podía mentir diciendo que los periódicos vienen amenos, que ha visto a un señor corriendo detrás de una vaca o que los turistas son guapos. ¡No! ¡Eso no! Es una mentirosa de artesanía.
- JULIA: Carlos, por favor...
- CARLOS: Todas sus mentiras están tan bien encajadas, se suceden con un mecanismo de relojería tan preciso que a veces hasta yo mismo caigo como un idiota.
- JULIA: Verás...es que...
- CARLOS: ¿Por qué le has puesto Lorenzo de nombre a ese amante imaginario? Me equivoco mucho o fué porque pensaste que yo podía soportar el pechar de este pobre muchacho. ¡Vamos, habla!
- JULIA: Pues...sí. Pensé que así se liaba un poquito más la cosa y había posibilidad de un ratito mayor de incertidumbre.
- CARLOS: Pero lo que no pensabas es que yo pudiera perder la cabeza y darle un mal golpe a Lorenzo.
- JULIA: Malo no, pero un golpe se me había pasado por la imaginación.
- LORENZO: Muy bien.
- JULIA: No te enfades, Lorenzo. Si pudiera explicar...
- CARLOS: ¿Qué tienes que explicar? Por decir algo Luisita le ha colgado el teléfono a éste. Por decir algo, tu madre se ha echado a llorar y me ha llamado caradura. Por decir algo, hemos reñido con el Agregado Cultural norteamericano.
- JULIA: No. Eso no fué por decir algo.
- CARLOS: Fué por decir que yo era un espía ruso. Y como los norteamericanos se creen hasta lo que dicen ellos mismos, me retiró el saludo. Espía ruso, yo...con esta cara de alicantino que tengo.

JULIA: ¡Carlos!

CARLOS: (FRENÉTICO) ¡Embustes! ¡Mentiras! ¡Embrollos increíbles! ¡Lo más fantástico! ¡Lo más absurdo! Eso es lo que sale de tu boca. ¡Así tres años, Señor! Tres años de casados, tres años preguntándome en la farmacia si ya estaba mejor de mi sonambulismo, porque esta loca les había dicho que yo era sonámbulo. Tres años felicitándome el dueño del garaje, porque esta insensata le había dicho que yo encontraba siempre sitio para aparcar en la Gran Vía.

LORENZO: Bueno, Carlos. No te pongas así.

CARLOS: Pero si hay algo que odio con mis cinco sentidos, por muy español que sea, es la mentira. Pues me tocó el gordo.

LORENZO: (ABRIENDO LOS BRAZOS) Enhorabuena, Carlos. ¿Cómo no nos lo has dicho? (LO QUIERE ABRAZAR)

CARLOS: Es una forma de hablar, estúpido.

LORENZO: Como salió antes de ayer...

CARLOS: (RABIOSO) ¿Y por qué dudo a veces, por qué no sé de antemano que todo lo que habla es mentira? Pero ya lo sé. Y de hoy en adelante no pienso creerte una sola palabra.

JULIA: No, eso no.

CARLOS: Eso sí.

JULIA: Pero si no son mentiras. Yo...las vivo. Me meto tanto en ellas que llego a crearme que son tan verdad como todo lo que tú dices. A veces paso un día o dos sin soltar ninguna, pero noto de pronto que es necesario, que el cuerpo me lo pide, que tengo que mentir o voy a desmayarme.

LORENZO: Oyé, eso puede ocurrir. La mujer del ingeniero jefe mentía como un portavoz oficial, hasta que tuvo un niño. Después fue peor. Le dió por decir siempre la verdad y la desterraron a Córcega.

JULIA: Algunas veces lo he pensado.

CARLOS: Si yo tuviera un niño...puede que entonces ocupándome de él... pendiente de su salud, no sintiera esa angustia en el estómago que me hace estallar con una mentira. Pero nunca tendré un niño.

LORENZO: ¿Por qué no?

JULIA: (VAGAMENTE) ¡Carlos!

CARLOS: ¡Qué, especifica!

JULIA: Es una vieja historia. Cuando estuve en París, unos alemanes creyeron que era judía y... (LOS DOS HOMBRES HAN CRUZADO LOS BRAZOS EN ACTITUD EXPECTATIVA) Bueno...no...No es éso. Es que...una vez en un accidente... (LOS DOS HOMBRES CAMBIAN DE POSTURA CON LOS BRAZOS CRUZADOS) No...tampoco. Por las buenas es que no vienen.

CARLOS: ¿Pero lo estás viendo? Le ha faltado el canto de un duro para decir que la Gestapo la esterilizó en Büchenswald o que hizo caso a una señal de carretera y como consecuencia se estrelló contra un coche. (DESESPERADO) ¡Es para pegarse un tiro!

LORENZO: No debes desanimarte, Julia. Ya ves los Hernán. Se pasaron siete años sin decir esta boca es mía y ella ha tenido ahora cuatro al mismo tiempo. Que en cuanto el padre salga del sanatorio y se reponga no va a caber en sí de gozo.

CARLOS: Pero ¿qué tiene que ver un niño en todo ésto?

LORENZO: Oye. Lo he leído en un libro. El ochenta por ciento de las mentiras de las mujeres se deben a una actitud de defensa. Y Julia puede defenderse de lo que ella cree una incapacidad para tener hijos, mintiendo.

CARLOS: Tonterías. ¡Es así! ¡Y basta!

JULIA: Cree lo que quieras, Carlos, pero no sé lo que sería de mí si no mintiera. Tú estás en tu despacho, con tus libros y tus

pleitos. Ves asesinos o señores que han firmado una letra. Charlas, te interesas por algo. Te suceden cosas. A mí no me ocurre nada. Nunca me ocurrió nada. He sido una niña que no tuvo el sarampión ni la tosfeña. ¡Nada! Y a veces es desesperante. La otra criada al menos era más habladora, más expresiva. Esta es tan decente...y las personas decentes o tienen poco que contar o se lo callan.

CARLOS: En resumen, mientes porque te aburres.

JULIA: No es eso exactamente.

CARLOS: ¡Ah, sí, sí lo es! Y yo me pregunto si coges ese maldito teléfono para contar un serial sobre mí a tu madre, ¿por qué no la llamas para tomar café e ir de compras?

JULIA: Tomar café no es nada del otro mundo.

CARLOS: ¡Diablos!

LORENZO: Cálmate, Julia. Yo te entiendo. Cuando inventas una historia es porque necesitas que ocurra algo desacostumbrado. Por ejemplo, no concibes que yo bese en General Oraa, esquina a Serrá no a una chica que se llama Elena. No; tiene que ser sueca, campeona de natación y en Aranjuez.

JULIA: Eso.

LORENZO: Bueno, Carlos; a lo que tiene tu mujer se le llama concepto dramático de la existencia.

CARLOS: A lo que tiene mi mujer se le llama una cosa que en atención a la fecha no digo.

LORENZO: No seas paleta. Lo he leído yo. Hay seres que no se contentan con que todo ocurra normalmente e introducen en su vida el elemento dramático. No les basta un beso de cariño. El beso ha de ser de reconciliación.

JULIA: Algo parecido.

CARLOS: Pero si no se ha reñido.

JULIA: Se busca el elemento dramático y se riñe.

CARLOS: Oye...tú has oído que el conde de Surma tenía una divisa en su escudo: "Indiferente y hacia el cielo". Que Inglaterra tiene otra: "Dios y mi derecho". Bueno, pues la divisa de Julia es esa canción. "Ahora que estamos tranquilos, vamos a contar mentiras". Sí. Vamos a contar mentiras para intranquilizar a todo el mundo y lograr que riña el yerno con la suegra o que estalle la tercera guerra mundial...Ni el más pequeño sentido de la responsabilidad...Ni el menor reparo moral. Señor...¿a qué mujer se le ocurrió inventar una historia y poner unos pantalones en una butaca, di...?

JULIA: Pensé que si tenías celos...tal vez te interesaras más por mí, me ayudarás a no llevar sola toda esta monotonía.

CARLOS: ¿Celos? Pero si no da tiempo para sentir celos. Si es para cortarle la cabeza y decir después: "Anda, mira, pues lo he hecho por celos".

JULIA: Carlos...¿si yo te prometo...si te juro por lo que me pidas que no voy a mentir más?

CARLOS: No te creo.

LORENZO: Pero, hombre...

CARLOS: No la creo.

JULIA: Pero, Carlos...

CARLOS: Vamos a contar mentiras. (SEÑALA LA PUERTA DE LA DERECHA) Ahí en la puerta del dormitorio, en un escudo con una bola enorme en el centro. (CAE SENTADO EN EL SOFA)

JULIA: (ACUDIENDO A EL) Yo te lo prometo...Carlos. Te lo juro por nosotros. Este lío es el último. Mirame. Por favor, mirame a los ojos. (LE OBLIGA A HACERLO) Ves que soy sincera, ¿verdad? ¿Lo notas?...Te aseguro que solo diré la verdad por encima de todo, que no desfiguraré la realidad para nada y que jamás,

en lo más pequeño o lo más grande, me podrás encontrar una mentira.

LORENZO: Yo creo, Carlos...

CARLOS: ¡Cállate! (A JULIA) Bien. Te concedo esta oportunidad. Piensa bien que es la última. La próxima mentira tuya la comentaré en la calle. No me quedaré aquí...¿lo entiendes?

JULIA: Sí, Carlos.

CARLOS: Espera. Eres una mujer casada normal y corriente. A esta clase de mujeres no suelen ocurrirles grandes cosas. Les ocurren a las novias de los gangsters, a las vicetiples y a las que hacen espiritismo. No puedes pedirle a la vida que llamen a esa puerta y entren los tres Reyes Magos preguntándote por la familia.

JULIA: Ya lo sé, Carlos.

CARLOS: Debes contentarte con vivir suavemente, ir al cine y al teatro tener hijos, que los tendrás, y divertirte con normalidad. Y a mi despacho no van asesinos, porque no defiendo asesinos ni sé qué cara tienen más que en los periódicos. Y un día que llegó un tipo con una mujer al lado y me confesó: "He matado a mi señora": la mujer dijo: "Las ganas". Era un loco. ¿Comprendes?

JULIA: Sí.

CARLOS: ¿Estamos conformes?

JULIA: La verdad por encima de todo.

CARLOS: A ver si es cierto. Dame un whisky.

JULIA: ¿Del bueno o del que damos a las visitas?

(CARLOS LA MIRA CONSTERNADO)

CARLOS: Whisky...quiero decir whisky y nada más.

JULIA: Sí, Carlos.

(Toma una botella. Carlos le advierte suavemente)

- CARLOS: Del otro.
- JULIA: Como tú mandes. (LE SIRVE DE OTRA BOTELLA)
- CARLOS: No podemos ir al Felipe II a cenar. Se ha estropeado el coche. ¿Quieres whisky, Lorenzo?
- LORENZO: Bueno.
- JULIA: ¿De cuál?
- CARLOS: Y dale...
- JULIA: Como dices que Lorenzo es tonto y se bebe lo que le pongan...
- CARLOS: Oye...
- JULIA: Juro por mi padre que eso lo has dicho y no estoy mintiendo.
- CARLOS: ¿A qué viene ahora...?
- JULIA: Lo has dicho.
- CARLOS: Sí. ¡Diablos! Pero no quería expresar que éste era tonto...si no que era cándido, ingenuo, buen chico, excelente persona, un soñador...
- LORENZO: Director de un Banco, campeón de Liga...
- CARLOS: Tú lo entiendes, Lorenzo. Te llamé tonto con la mejor intención. (FURIOSO) ¡Y dale whisky! (JULIA TOMA UNA BOTELLA) De la otra.
- JULIA: Sí, Carlos. (SIRVE UN WHISKY)
- CARLOS: Es prácticamente imposible encontrar un coche, y muy tarde para mezclarnos en una cena.
- LORENZO: Luisita, tal vez, si hacemos las paces, nos podría dar algún comestible.
- JULIA: Pero Luisita es una avara.
- LORENZO: Oye...
- JULIA: Lo dice éste.
- CARLOS: (COLORADO) ¿Yo? ¿Que yo digo...?

- JULIA: Lo juro por nuestro amor, y que me quede muerta aquí si no es verdad.
- CARLOS: Bueno, digo avara, pero dándole un matiz...¿comprendes, Lorenzo? Al decir avara, quiero decir...
- LORENZO: Generosa, desprendida, modelo de Balenciaga, miss España.
- CARLOS: Ya está bien, ¿no? Quiero decir demasiado cuidadosa en la economía. Todo es cuestión de matiz, de cómo se pronuncie...!carray!
- LORENZO: Oye, desde ahora no digas la palabra gobierno en público delante de ella.
- CARLOS: Julia: no es preciso que digas la verdad secamente. Hay cosas que son verdad y no se pueden decir. Basta el silencio. Di la verdad cuando te pregunten. Comportate con veracidad... !cuerno! !Y basta ya! !Sabes muy bien lo que te he pedido! (BEBE UN TRAGO DE WHISKY) No tenemos más remedio que improvisar una cena de Nochebuena aquí. Si se pudiera guisar algo...
- JULIA: He dado permiso a la chica para...
- CARLOS: Deja en paz a la chica. No es necesario que nos sirva nada. ¿Tenemos turrón?
- JULIA: No. Pero le puedo pedir a la vecina. Me ofreció esta tarde. Y fruta escarchada.
- CARLOS: Estaba pensando...Alvarez cierra tarde. Aún nos da tiempo de comprar unos pollos fríos y algunas cosas más. ¿Tenemos champán?
- JULIA: Catalán.
- CARLOS: He preguntado simplemente si tenemos champán. Cuando pida aclaraciones, diré: ¿catalán, francés, italiano, yugoslavo, etc.?
- JULIA: Hay cuatro botellas.
- CARLOS: De sobra. (A LORENZO QUE ESTA MIRANDO AL TRASLUZ EL VASO EN QUE BEBE) ¿Qué te ocurre ahora?

- LORENZO: La de vino blanco con agua de colonia que me has dado cada vez que me decías: "Bébetete un whisky".
- CARLOS: ¿Quieres no empezar con tonterías? Seguramente te echaría de cualquier botella. A veces lo hago. (A JULIA) ¿Verdad?
- JULIA: No.
- CARLOS: Oye...
- JULIA: ¿No has dicho, verdad? Y yo digo que no. Que no te distraes nunca en éso, porque el whisky te interesa bastante.
- CARLOS: (FURIOSO) ¡Es suficiente!
- JULIA: Pero, Carlos, tengo terror a decir una mentira. Puedes coger a la puerta y marcharte. Me lo has asegurado.
- CARLOS: No exageres.
- JULIA: Te juro que me lo has asegurado.
- CARLOS: Digo que no exageres con la verdad. Hay una verdad social para tratarse, para vivir...una verdad normal. Esa es la que tienes que utilizar. Di otra verdad por las buenas y cojo la puerta y me marcho.
- JULIA: Carlos, tú te has cansado de mí.
- CARLOS: Pero, señor, ¿tu madre me tiene simpatía?
- JULIA: No.
- CARLOS: ¿Le caigo mal?
- JULIA: Sí.
- CARLOS: Cada vez que me ve dice: "Oiga me cae usted mal"?
- JULIA: No.
- CARLOS: Entonces. ¡Compórtate como ella, por ejemplo! (A LORENZO) Anda, Lorenzo. Vamos a pasar un poco de frío.
- JULIA: Voy al hotelito de al lado. Ya conoces a la vecina. Me prometió que pasaría aquí dentro de un rato a felicitarnos las Pascuas. Si puedo evitarlo...

CARLOS: Pero no vayas á decirle: "Como usted es una beata no venga a casa, que nos aburrimos y nos da la Nochebuena".

JULIA: Voy a traerme el turrón y los dulces.

CARLOS: Está bien. Veré si Alvarez tiene algo de éso (JULIA HA HECHO MUTIS POR LA DERECHA) ¡Pídele a la vecina algo de pan!

JULIA: (DESDE DENTRO) En Alvarez tienen de molde.

CARLOS: De todos modos. No vaya a ser que Alvarez esté cerrado y tenga que ir al quinto pino a buscar fiambre.

(Julia sale con un abrigo de piel sobre los hombros)

JULIA: ¿Y vuestros abrigos?

CARLOS: Están en el garaje. ¿Llevas tu llave?

JULIA: (BUSCA EN EL BOLSILLO DEL ABRIGO) Sí. (LOS HOMBRES SE HAN LEVANTADO LOS CUELLOS DEL SMOKING) ¿Y tú?

CARLOS: Claro. ¡Vamos, Lorenzo! ¿Qué te pasa?

LORENZO: Que me ha sentado mal el whisky. Como era del bueno! La falta de costumbre.

JULIA: El primer brindis por mi etapa de mujer que no dice una sola mentira.

CARLOS: Dios lo quiera.

(Han abierto la puerta del foro y salen. Julia apaga la luz. Queda la escena iluminada tan solo por las lucecillas del árbol de Navidad y la claridad de la luna. Fuerte portazo cuando se van. Una pausa. La puerta de la izquierda se abre lentamente. Se le ELISA. Enciende la luz. Mira a su alrededor. Toma un cenicero y lo limpia. Luego otro. Lo hace mecánicamente, sin parar la atención en lo que hace. Luego acude a la derecha. Entra, vuelve a salir. El teléfono suena. Lo toma)

ELISA: Sí. Casa de los señores de Poveda. ¡Don Lorenzo...sí, sí!.
Ya sé. No. Soy la criada. (SE ESCUCHA EL MOTOR DE UN COCHE)
Pues ahora mismo han salido para El Escorial. ¿Es usted la novia de don Lorenzo? En el Hotel Felipe II. Creo que podrá

ponerse al teléfono. Pero tendrá que darles tiempo a que lleguen. Pues tres cuartos de hora o más. Una hora posiblemente. Sí. Con los señoritos. ¿Una sueca? No. No. En absoluto. Han salido los tres solos. De nada.

(Cuelga. Se acerca al interruptor de la luz. Apaga. Enciende de nuevo. Apaga. Vuelve a encender. Apaga y enciende definitivamente. Busca apresuradamente en el bolsillo del delantal una llave. Se despoja del delantal. Llama a la puerta. Abre Elisa. Hay un hombre con un cesto grande y una enorme bandeja de madera en la cabeza, cubierta por un paño. Es musculoso, de mirada penetrante. Sonríe. Viste unos pantalones grises de franela, una chaqueta y lleva un delantal verde con rayas negras)

JUAN: ¿Los señores de Poveda? Traigo el pedido.

ELISA: Pase, pase.

(JUAN ENTRA. ELISA CIERRA LA PUERTA)

JUAN: (SECO) ¡Con llave!

ELISA: Sí.

(Juan deja la bandeja en el sofá y el cesto en la butaca. Elisa cierra la puerta con llave)

¿Los viste salir?

JUAN: ¡No pretenderías que estuviese de plantón en la acera de enfrente con todo esto! (SEÑALA EL CESTO Y LA BANDEJA) Me metí en la bocacalle. Se veía el ventanal. ¿Qué pasa?

ELISA: No empieces como siempre. Estamos solos. Es que me pongo nerviosa.

JUAN: ¡Las cortinas! ¡Despacito!

(Elisa va hacia el ventanal. Se detiene para beber un whisky. Juan la toma bruscamente de la mano)

Ni una gota, Elisa. La cabeza despejada. ¡Vamos!

(Ella asiente y cierra poco a poco las cortinas del ventanal. Juan ha sacado una cuerda y unos pañuelos de debajo de la tela que cubre la bandeja. Elisa está frotándose las manos con nerviosismo)

¿Las joyas?

ELISA: Las tiene en el joyero. En su dormitorio.

JUAN: Ve trayéndolas. Y todo lo demás. ¿Has hecho la lista, no?

ELISA: La tengo en la cabeza.

JUAN: Ya te dije que hicieras una lista. Se actúa con mayor rapidez.

ELISA: Me acuerdo de todo.

JUAN: No se pueden dejar a la memoria estas cosas. Te lo advertí.

ELISA: (DE PRONTO) Juan, vamos a dejarlo. Máchate. Es muy expuesto.

JUAN: Esas tenemos...

ELISA: Si te cogen otra vez, no será un año de cárcel. Va a ser mucho tiempo.

JUAN: Me cogieron porque no funcionó el asunto como yo lo tenía dispuesto. Porque fallaste tú a última hora.

ELISA: No puedes pedirme que haga todo esto con tranquilidad.

JUAN: Claro que sí. (LA TOMA DE LA MANO. APRETÁNDOLE LA MUÑECA CON FUERZA) Vas a hacerlo con toda tranquilidad o esta vez te me llevo por delante. Sabes que no exagero...¿verdad? (ELISA SE DESASA DE JUAN CON UN GESTO DE DOLOR. ASIENTE) ¡Anda!

ELISA: Déjame al menos que me marche con vosotros.

JUAN: No. Tú quedarás aquí atada y amordazada.

ELISA: ¡No!

JUAN: Es lo planeado. Y aguantarás el golpe en la cabeza sin rechistar.

ELISA: Si pierdo el conocimiento...

JUAN: Mejor para tí. Cuando lo recobres te arrastras hasta la puerta y pides socorro.

ELISA: Tengo miedo.

JUAN: He dado muchos golpes de éstos y sé cómo hacerlo. Estate tranquila. No voy a partirte la cabeza.

ELISA: ¿Y luego?

JUAN: Ya sabes lo que tienes que decir a la Policía. La verdad. Entró un hombre vestido como yo voy, dijo: "Traigo el pedido". y me dió un golpe, yo resistí, luchamos, me tapó la boca y me dió otro golpe. Perdí el conocimiento. Cuando esté en el coche iré vestido de otra manera.

ELISA: Sabrán que habreis huído en una furgoneta.

JUAN: No lo entiendes. Elisa. No va a ser una furgoneta. Huimos en algo que no detiene nadie, ante lo cual se aparta todo el mundo. Una ambulancia.

ELISA: Y el otro...

JUAN: El otro es un cura. Va vestido de cura. Eso impone respeto... ¿sabes? Más en estos días en que hay "Paz para los hombres de buena voluntad". ¿Por qué estás quieta? Muévete...!vamos!
(LA CHICA TEMBLOROSA NO SE MUEVE) ¡Vamos!

(JUAN LA ABOFETEA)

ELISA: Déjame haber un poco. Me estoy muriendo de miedo. (JUAN VA A SERVIRLE UN WHISKY. ELLA PIDE) No. De la otra. De la otra botella.

(Juan obedece. Le da un vaso que ella apura con ansia. Luego respira hondo. Se dirige hacia la derecha. Se vuelve a él)

¿Y he de estar tres meses aquí?

JUAN: Sin moverte.

ELISA: ¿Me esperarás, Juan?

JUAN: Claro. Ya sabes dónde.

ELISA: ¿No te irás para siempre?

JUAN: No.

ELISA: De acuerdo.

(Juan toma la cesta y se la da a Elisa y ésta sale por la derecha. Juan se quita el delantal y la chaqueta, se pone unos guantes y marca un número al teléfono)

- JUAN: ¿Lorenzo? Sí. Ya estoy dentro. Echa cinco minutos. Ponte una chaqueta encima de la sotana y pasa con la ambulancia despacio por delante de la casa. Exacto. La sirena apagada. No, no. Despacio. Yo estaré alerta, pero no pares hasta que no se encienda y apague tres veces la luz del ventanal. Eso significa que hay vía libre. Saldré en unos segundos. No te preocupes por ella. Se ha tragado bien el cuento. Estará tres meses quietecita. No se te ocurra parar hasta que no veas la señal. De acuerdo, Lorenzo. Suerte. (CUELGA. ELISA SALE CON LA CESTA LLENA DE OBJETOS DE VALOR) ¡Estupendo niña! (MIRA UNAS JOYAS EN EL INTERIOR DEL CESTO. SILBA) ¿Buenos?
- ELISA: Sí. Quería llevárselos puestos. La convencí de que era muy ex puesto.
- JUAN: A eso le llamo yo colaborar. ¿Nada más ahí?
- (Elisa le muestra una pequeña caja de caudales)
- ELISA: Creo que hay más de treinta mil pesetas aquí dentro. El marido apunta siempre lo que tiene. Estuve mirando su agenda y había escrito: 42.000. Habrá sacado algo para el viaje y la cena en El Escorial.
- JUAN: De acuerdo. ¿Has abierto los cajones? ¿los has tirado al suelo?
- ELISA: Sí.
- JUAN: (DANDOLE UNA PALANQUETA) Fuerza el armario.
- ELISA: No tiene nada de valor.
- JUAN: Por eso. Remuévelo todo. Obedece.
- ELISA: Sí, Juan.

(Elisa hace mutis por la derecha. Juan toma unos candelabros de la chimenea. Mira a su alrededor y escoge algún objeto más. Luego dispone las joyas del cesto en la bandeja, cubriéndolas cuidadosamente con un paño. En la derecha ruido de cajones abiertos, sonidos violentos)

JUAN: ¡Con calma, idiota! (ACUDE A LA DERECHA) ¿Hay algo por ahí?
(SEÑALA A LA IZQUIERDA)

ELISA: (ASOMANDOSE) Unas monedas de oro en el despacho. Y un par de relojes en el cajón derecho de la mesa. Son de oro también. Esos candelabros no valen nada, Juan.

JUAN: Ya lo sé. ¿Qué quieres? ¿Qué nada más entrar la Policía compra da que hemos ido a los sitios estratégicos y que estábamos en combinación con una persona de dentro? Mientras piensan un poco habrá unas horas en que crean que se trata de unos principiantes. ¡Date prisa!

(Sale por la izquierda. Elisa por la derecha. Y suena el timbre de la puerta tras una pausa. Elisa aparece pálida. Suena el timbre. Elisa se sirve otro whisky y lo bebe aterrada. Juan en la izquierda)

ELISA: ¿Quién puede ser? ¿Apago?

JUAN: Quieta. Mira por la mirilla. Sin que lo noten.

(ELISA OBEDECE)

ELISA: No veo a nadie.

JUAN: Pregunta quien es. (ELISA TRAGA SALIVA)

ELISA: ¿Quién es...?

VOZ: (DENTRO) Un telegrama urgente para don Carlos Poveda.

(ELISA MIRA A JUAN)

JUAN: (EN UN SUSURRO) Por debajo de la puerta.

ELISA: Echémelo por debajo de la puerta.

(Por debajo de la puerta aparece el consabido papelito azul)

JUAN: Firma.

(Le da un bolígrafo. Elisa garrapatea una firma con nerviosismo. Ademán de Juan para que devuelva la hojilla del telegrama. Elisa obedece. Un silencio)

VOZ: Los repartidores de Telégrafos le felicitan a usted las Pascuas.

JUAN: (SACANDO UNA MONEDA DEL BOLSILLO) Dale ésto.

(Elisa la toma, se inclina e intenta pasarla por debajo de la puerta)

ELISA: No pasa.

JUAN: ¿Por qué?

ELISA: Porque han puesto burlete. Un billete pasa.

JUAN: ¿Qué quieres? Que la Policía se entere de que das veinte duros por un telegrama.

ELISA: Son Pascuas.

JUAN: ¡Son cuernos!

VOZ: ¡Los repartidores de Telégrafos le felicitan a usted las Pascuas!

ELISA: Muchas gracias.

VOZ: ¡Y aguardan!

JUAN: ¡Qué sinvergüenza! España está llena de tipos así. Creen que por felicitar las Pascuas o abrir un coche hay que darles di nero. Espera. Abre con cuidado y dale el duro.

(Juan se aposta tras la puerta. Saca una pistola del bolsillo y espera. Elisa abre la puerta con llave)

VOZ: Gracias. Muy agradecido.

(ELISA VUELVE A CERRAR)

JUAN: ¡Con llave, estúpida! (ELISA ASIENTE Y OBEDECE) No estás en lo que haces. Echame el aliento. Has vuelto a beber.

ELISA: Tengo una jaqueca enorme, Juan. Estoy tiritando. Por favor, dejémoslo. Ese repartidor puede declarar a la hora que abrió la puerta y si alguien te vió entrar...

JUAN: ¡Callate de una vez! Quieta ahí.

(Hace mutis por la izquierda. Elisa bebe más whisky. Casi agota la botella. Se lleva ambas manos a la cabeza. Juan sale con unos relojes en la mano, algunos objetos más. Le entrega a Elisa la palanqueta que ésta le devolvió cuando salió del dormitorio)

Date prisa. Tira los libros de los estantes. Fuerza los cajones. ¡De prisa!

ELISA: Sí, Juan.

(Elisa hace mutis por la izquierda. Juan extiende los relojes y las monedas sobre la bandeja. Cubre el cesto y la bandeja definitivamente. Hemos escuchado ruidos en la izquierda. Juan va a ponerse la chaqueta cuando encuentra a Elisa en el umbral, pálida, sin fuerzas. Desiste. Acude a ella)

JUAN: ¿Qué te pasa?

ELISA: Me zumban los oídos. Estoy muerta de miedo,

JUAN: No queda más que lo último. Vamos,

(Asiente Elisa. Juan toma la cuerda y procede a atarla de pies y manos)

Recuerda que debes decir la verdad en cuanto a mi vestido. Y mi tipo. Sólo debes mentir en el rostro. Recuérdalo bien. Nada de cicatrices ni cosa parecida. Eso no se ve cuando le atacan a uno. Sólo un detalle. Quisiste cogermelo del pelo y no lo lograste. Supondrán por un instante que era casi calvo. Lo que necesito son horas hasta que puedan identificarme. Margen para correr. No quiero despistarlos más de doce horas. Con eso me basta.

ELISA: ¿Te das cuenta de que...has robado por valor de más de un millón? ¿Te das cuenta?

JUAN: Hemos robado...Elisa, hemos robado y hay cerca de los dos millones. Ese collar está rozando las cuatrocientas mil. Pero hemos...hemos robado. No lo olvides.

ELISA: No, Juan.

JUAN: (INCORPORÁNDOSE) ¿Respiras bien por la nariz?

ELISA: Sí.

JUAN: De acuerdo. (LA AMORDAZA CON UN PAÑUELO) Lo dejo flojo. No tienes más que mover el cuello y la mandíbula para que caiga.

ELISA: Si.

(Ella está en el sofá maniatada, los pies trabados y amordazada)

JUAN: Bueno. Ahora viene lo más duro. Aguanta sin gritar. (LA DESPEINA Y LA ABOFETEA CON FUERZA. LE RASGA EL VESTIDO. CON UNO DE LOS GOLPES ELISA SE QUEJA) Sin gritar, sin quejarte. Es necesario. Bueno. Cierra los ojos. Voy a darte el golpe. Estate quieta. Sé donde lo hago. Si notas que vas a perder el conocimiento patatea. Cierra los ojos. Estate tranquila. ¡No te tambalees, diablo! Así.

(Levanta la pistola y cuando se dispone a descargarla sobre Elisa, ésta troncha la cabeza hacia adelante en un leve desfallecimiento. El golpe que iba a la cabeza se descarga en la nuca)

¡Maldita sea! Te dije que no te tambalearas. (ELISA SE HA DESPLOMADO SOBRE EL SOFA) ¡Como un tronco! Mejor es así.

(Elisa ha caído sobre el delantal de Juan, y al intentar éste recobrarlo rueda al suelo. Juan va a incorporarla. Sus manos se manchan de sangre. Mira a Elisa. Se arrodilla junto a ella. Le pone el oído en el corazón. Palidece. Se lleva las manos nerviosamente al rostro. Toma por fin el cuerpo inerte de Elisa. Mete la llave en la cerradura al tiempo que otra persona lo hace por el exterior. Un silencio. La voz de Julia al otro lado de la puerta)

JULIA: Elisa... ¿está usted ahí? Se ha dejado la llave puesta. Elisa, soy la señorita... Elisa...

(Hace sonar el timbre. Juan, acorralado, retira el sofá. Mete el cuerpo de Elisa debajo y lo cubre con el sofá. Julia está golpeando en el ventanal)

Elisa.

(Juan toma el cesto y la bandeja y desaparece por la derecha. Julia parece hablar con alguna vecina)

No, no es necesario que venga. Es que la chica debió dejarse la llave puesta. Y no puede funcionar la mía. En seguida se

despertará. ¡Elisa! (JUAN SALE Y RETIRA CUIDADOSAMENTE LA LLA-
VE. LUEGO CORRE HASTA DESAPARECER POR LA DERECHA) ¡Elisa! ¿Eh?
¡Ah, mire, la llave ya funciona! Muchas gracias, señora. Sí,
cuanto más tarde mejor. (LA PUERTA DEL FORO SE ABRE Y ENTRA
JULIA. TRAE UNA BANDEJA CON TURRON Y FRUTAS) Ahora que estamos
tranquilos, ahora que estamos tranquilos, vamos a contar men-
tiras, tralará, vamos a contar mentiras, tralará, vamos a con-
tar mentiras.

(Y tiene en las manos el delantal verde con
rayas negras de Juan. Lo mira con un poco de
estupefacción. Deja el turrón sobre la mesi-
ta. Y la llave al lado. Se rasca la cabeza.
Se encoge de hombros. Canturrea)

Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande... (EL RALEN
TIEDE SU CANCION DEBESE A QUE ACABA DE OBSERVAR LA CHAQUETA,
LA TOMA SE FROTA LOS OJOS) que hoy es Nochebuena...que por
cierto podía haber sido otro día cualquiera.

(Un ademán para dirigirse hacia el foro. Juan
aparece por la derecha)

JUAN: Buenas noches.
JULIA: Hola, muy buenas.
JUAN: Felices Pascuas, señora.
JULIA: Gracias, igualmente.
JUAN: Muchas gracias.

(A Julia se le está helando la sangre en las
venas. Sonríe y quiere avanzar hacia el foro,
pero Juan se pone delante amablemente. Cierra
la puerta con llave. Julia retrocede con el
miedo pegado a los ojos)

JULIA: El fontanero, ¿no?
JUAN: Pues lo he sido de chaval. Dígame, ¿no iban a cenar a El Esco-
rial?
JULIA: Sí. Pero se estropeó el coche de mi marido.
JUAN: ¡Ah, claro! Su marido va a volver, naturalmente.
JULIA: Sí. Ha ido a comprar unos fiambres.

- JUAN: ¡Vaya!
- JULIA: Y cena con él un amigo.
- JUAN: Comprendo, comprendo. (JULIA VA A MARCHARSE POR LA IZQUIERDA)
¡No!
- JULIA: Le ruego...
- JULIA: Le ruego... (JUAN SACA LA PISTOLA)
- JUAN: ¡No!
- JULIA: Usted no será...un...un ladrón.
- JUAN: Nos llaman así, pero hay mucho que hablar sobre el asunto.
- JULIA: Llévase lo que quiera, pero guarde eso. (SE REFIERE A LA PISTOLA) Le juro que no lo denuncio. Yo le daré todo lo que hay de valor en la casa, pero por Dios no dispare.
- JUAN: Me gusta esa actitud. No se preocupe por lo que hay de valor. Lo tengo bien guardado.
- JULIA: Márchese entonces. No llamaré a la Policía. Se lo prometo.
- JUAN: Me lo supongo. (APARTA EL SOFA) Mire...
- JULIA: ¡Elisa!
- JUAN: No se agache. Está muerta.
- JULIA: Pero usted...
- JUAN: Es largo de contar. Una cosa es un robo y otra un crimen. Me va a costar mucho hacer creer que Elisa era cómplice mía y que la maté porque no se estuvo quieta.
- JULIA: Pero ¿cómo quiere usted que se esté quieto nadie cuando lo van a matar?
- JUAN: Todo esto me huele a garrote vil...¿comprende? A no ser que saque a Elisa de aquí, la haga desaparecer y se trate de una sirvienta infiel que huyó con las joyas de la señora y no se ha vuelto a saber de ella. Entiéndalo. Es un secreto entre usted y yo. Naturalmente, usted puede contarle todo a la Policía, usted me puede descubrir. Le aseguro que tarde o tempra-

no la matan, señora.

JULIA: ¿Pero quién?

JUAN: Tengo amigos íntimos. Yo le juro que usted descubre ésto y la matan. Como le juro que si no me ayuda la mato yo. Me es igual Acabo de salir de la cárcel. Se trata de actuar a la desesperada...¿me entiende usted? ¿Qué decide?

JULIA: (TRAGANDO SALIVA) Le ayudo.

JUAN: ¿Sabe lo que ha de decir a la Policía?

JULIA: Que han desaparecido mis alhajas y la criada.

JUAN: Es usted muy inteligente.

JULIA: ¿Dónde la va a llevar?

JUAN: Tengo una ambulancia a mi disposición.

JULIA: Está usted en todo.

JUAN: De acuerdo. (VA A TOMAR A ELISA)

JUAN: ¿Usted me asegura que sí...que si la Policía se entera de ésto, sus amigos sabrán que no ha sido por mí?

JUAN: Mis amigos están siempre alerta. Y sabrán también si usted ha dicho la más pequeña indirecta que haya podido contribuir a pillarme.

JULIA: Descuide.

JUAN: Mire por la mirilla. ¿Viene alguien?

JULIA: No, señor.

JUAN: Abra un poco. Deje la puerta entornada. (JULIA TEMBLOROSA ASIENDE. OBEDECE) Ahora apague y encienda la luz tres veces.

(Se carga a hombros a Elisa. Julia apaga una vez. Enciende. Fuera se oye una voz que dice)

RAMIRO: ¡Doña Julia! ¡Doña Julia!

JULIA: Alguien viene.

JUAN: Cierre la puerta.

(Julia lo hace. Se oyen unos pasos que se acercan y llaman a la puerta)

JULIA: ¡Han...han...han llamado!

JUAN: Pregunte quien es y no tiemble.

JULIA: Si no...no...pue...puedo. (VA A LA PUERTA Y PREGUNTA) ¿Qui...
qui...quien es?

RAMIRO: Soy yo, Ramiro, el vecino del hotel de arriba.

JULIA: Sí, claro, el de arriba.

JUAN: Dígale que se vaya.

RAMIRO: ¿Me conoce ya?

JULIA: Sí; pero váyase.

RAMIRO: ¿Cómo?

JULIA: Que se vaya enseguida.

RAMIRO: Pero doña Julia: yo venía porque me ha dicho mi señora, que,
desde la terraza, ha visto un tipo sospechoso rondando este
hotel y por si acaso era un ladrón...

JULIA: (NUY NERVIOSA) Sí...sí...pero ya se ha ido.

RAMIRO: ¿Cómo que se ha ido?

JULIA: Claro: los ladrones en cuanto roban algo, se van. Si se que-
daran los detendrían.

RAMIRO: Pero...¿usted está bien?

JULIA: Yo, perfectamente. No le abro porque estaba duchándome y es-
toy desnuda, preparando la mesa y la cena para cuando venga
mi marido que ha ido a comprar unas cosillas.

RAMIRO: ¡Pero preparar la cena desnuda...! A ver si se constipa.

JULIA: ¡Que va! Yo lo hago así siempre. Como está de moda el destape.

RAMIRO: Bueno, bueno, pues si quiere algo de nosotros, ya sabe...

JULIA: Sí, sí. Sigán en la terraza mirando por si acaso.

(SE OYEN LOS PASOS DE RAMIRO QUE SE VA)

JUAN: ¿Por qué ha dicho usted eso?

JULIA: Yo que sé. Por decir algo. El caso es que se fuera.

JUAN: Mire a ver. Hay que cerciorarse.

(JULIA ENTREABRE LA PUERTA)

JULIA: Sí. Ya va a entrar en su hotel.

JUAN: Pues ahora haga lo que le he dicho con la luz. Ya sabe: tres veces.

(Julia va a apagar la luz y fuera se oyen las voces de Carlos y Lorenzo que vienen cantando)

JULIA: ¡Mi marido!

JUAN: Quieta. ¡No toque la luz!

(DEJA A ELISA EN EL SUELO)

JULIA: ¡Es que va a entrar!

(Juan corre a la puerta y la cierra con llave. Suena el timbre de la puerta y a Carlos y Lorenzo que tocan una zambomba)

CARLOS: } Ande, ande, ande, la marimorena. Ande, ande, ande que hoy es
LORENZO: } Nochebuena.

CARLOS: ¡Abre, Julia! Ya verás que sorpresa te llevas.

JULIA: Pues va a ver la que te llevas tñ.

JUAN: (OCULTANDO A ELISA DEBAJO DEL SOFA) Abra. Espere un momento. Si consigue sacarlos de esta habitación, un momento, cinco minutos, me dará tiempo a hacer la señal y despachar el asunto.

JULIA: Lo intentaré.

JUAN: No olvide que hay ocho balas aquí. Ni usted ni su marido van a vivir para contarlo como intente la menor treta. Míreme a los ojos. Se da cuenta de que no bromeo, ¿verdad?

JULIA: ¡Qué va usted a bromear!

JUAN: Desde este momento usted está tan interesada como yo en que ese cadáver salga de la casa. Voy a esconderme. Pero esté donde esté recuerde que hay un cañón de pistola dirigido contra usted. Salga como pueda del apuro.

(Los villancicos de Carlos y Lorenzo se han hecho frenéticos. Están golpeando la puerta y dando gritos de "¡Julia!")

Abra. Y no olvidé que éso...está debajo del sofá...

(Monta la pistola con un chasquido siniestro. Desaparece por la derecha. Julia abre la puerta Carlos y Lorenzo con dos bigotes postizos, unas zambombas, unos gorritos de verbena y un sin fin de paquetes le cantan a coro)

LOS DOS: Corre, caballito, corre, anda y dale.
Corre, caballito, que llegamos tarde.
Corre, caballito, que vamos a Belén.
que mañana es fiesta y al otro también.

(Julia los contempla con una seriedad de figura de mármol. La impresión que esperaban causar se desvanece en el aire, naturalmente)

CARLOS: ¿Qué demonios te pasa? Parece que estás de velatorio.

JULIA: Algo así.

CARLOS: ¿Cómo algo así?

JULIA: Bueno, verás, es que la vecina no tenía pan...

LORENZO: En Alvarez nos han dado de todo. (VA DEJANDO PAQUETES) Pollos pan de molde, cabeza de jabalí.

CARLOS: (IGUAL) Mortadela, jamón y nescafé.

LORENZO: ¡Y además, nos han dado un whisky triple!

CARLOS: Del bueno.

LORENZO: (CON LA ZAMBOMBA) Corre, caballito, vamos a Belén...

LOS DOS: Que mañana es fiesta y al otro también.

LORENZO: (ECHANDOSE EN EL SOFA) Que me traigan la cena. Yo no me muevo de aquí en toda la noche.

CARLOS: Ni mucho menos. Tú tienes que colaborar. Julia, tráete la mesa plegable.

JULIA: ¿Para qué?

CARLOS: Vamos a cenar aquí, junto a la chimenea. (HACE UN ADEMAN A LORENZO QUE YA ESTA EN PIE) Se corre el sofá...

(LO HAN LEVANTADO EN VILO)

JULIA: (ATERRADA) ¡No! (SE ECHA A PLOMO EN EL SOFA)

JULIA: Trae mala suerte mover los muebles. Ya ves mi madre. Le pidió a un señor que le ayudara a mover un banco del Retiro y terminó casándose con él.

CARLOS: No pretenderás que vayamos al comedor. ¿no? Está helado.

JULIA: No, no.

CARLOS: Ni a la cocina.

JULIA: Ya ves, a la cocina es distinto.

LORENZO: Me parece una buena idea lo de la mesa plegable.

JULIA: Tal vez. Pero me teneis que ayudar a desempaquetar todo esto.

LORENZO: ¡Muy justo! Sí, señor. Carga, Carlos.

CARLOS: ¡Venga Lorenzo!

JULIA: Las señoras primero.

LORENZO: Serán las señoras.

JULIA: Con la nueva ley tenemos derecho a cederos el paso.

(Salen todos por la izquierda. Juan aparece por la derecha. Corre hasta la izquierda. Mira. Mira hacia atrás del sofá. Se carga a Elisa a hombros. Acude a la luz. Enciende y apaga. Una, dos...Y suena el teléfono)

LORENZO: (DESDE DENTRO) Ya voy yo.

(Juan corre. Deja a Elisa debajo del sofá y huye por la derecha. Por la izquierda se escucha un estruendo espantoso. Y un largo quejido. La primera en aparecer es Julia. Se agacha, mira debajo del sofá y coge el teléfono)

JULIA: Sí, sí. ¡Luisita! ¡Es Lusita, Lorenzo!

(APARECEN CARLOS Y LORENZO, DETRAS COJEANDO)

CARLOS: ¿Se puede saber por qué le has puesto la zancadilla a Lorenzo

JULIA: Yo...la zancadilla...¿Yo?

CARLOS: Sí, tú. Iba lanzado a toda marcha, has sacado el pie y no se ha matado porque Dios no ha querido.

JULIA: Como estamos en Nochebuena.

CARLOS: Julia, estás muy nerviosa. ¿Qué diablos te pasa?

JULIA: No me ocurre nada. ¿Te has hecho daño? Lorenzo?

LORENZO: No es nada.

JULIA: Es Luisita, te está aguardando.

(TOMA EL AURICULAR LORENZO)

LORENZO: Sí. Soy yo. Que me he caído. Por venir más aprisa.

(Julia hace señas hacia la derecha de que Juan aguarda. En ellas la pilla Carlos, muy asombrado)

Claro que tengo una explicación para todo, cielo. Sí. Hemos salido, pero hemos vuelto. No, no vamos al Felipe II. Pues se confundiría. No es nada raro, amor mío. Julia te lo contará. Bueno, mejor es que Julia no te cuente nada. Yo puedo...!Oye, oye! (DESCONCERTADO) Ha vuelto a colgar.

CARLOS: ¡Y bien, déjala ya! En el tiempo que te conozco ejecuta siempre la misma maniobra. Te llama quinientas veces para darse el gusto de colgarte otras quinientas. ¡Que duerma tranquila y que nos deje a nosotros! (VA A SERVIRSE UN WHISKY) Eres muy débil con tu novia. Y te lo he advertido ya... (CONTEMPLA LA BOTELLA VACIA) ¡Caramba! Se han bebido el whisky. Pero el bueno, además. ¿Y quién?

JULIA: Pues yo...No tenía nada que hacer y dije: voy a beberme el whisky.

CARLOS: Media botella.

JULIA: ¿Media botella? Yo creí que había sido más.

CARLOS: Julia, si te hubieras bebido media botella de ese whisky, no podrías tenerte en pie. (MIRANDO UN VASO) Pues el vaso tiene carmin.

JULIA: ¿Lo ves?

CARLOS: ¿Tú te has bebido media botella de whisky?

JULIA: Para ponerme a tono.

CARLOS: Pues estamos para el do de pecho.

JULIA: Ni lo siento.

CARLOS: Ya. Bueno, voy por otra botella.

(Se dirige hacia la derecha. Julia corre y lo detiene)

JULIA: No. Yo te la traigo.

CARLOS: Pero...

JULIA: Yo te la traigo. Es un instante. Vosotros ahí, quietecitos. Un instante, ya lo verás.

(Sale rápida por la derecha. Carlos y Lorenzo se miran)

LORENZO: ¿Qué crees que le puede pasar?

CARLOS: Estará viendo la manera de introducir el elemento dramático en la Nochebuena porque nos la quiere dar pase lo que pase. De veras, estoy hasta los pelos de su maldito carácter. Debí haberlo supuesto cuando una vez, de novios, llamé a su casa por teléfono y la criada me contestó: "La señorita está en el cuarto de baño cortándose las venas". Estas cosas ocurren por no elegir con cuidado y...

(Desde la derecha llega la voz de Julia: "No, déjeme. Le juro que sí. Por favor...!Ay!". Los dos hombres se quedan perplejos. Julia sale despeinada y con un tirante del vestido caído enseñando el hombro. Sonríe y entrega a Carlos una botella)

JULIA: El whisky.

(Carlos la mira y luego desenvuelve la botella)

CARLOS: El coñac.

JULIA: ¿Qué?

CARLOS: Has traído coñac.

JULIA: ¿Sí? Sí, es cierto.

CARLOS: ¿Por qué te has despeinado?

JULIA: ¿Yo?...!Ah! Al abrir el armario.

LORENZO: Que hay un ventilador dentro.

JULIA: No...la puerta que hace aire. Yo te traigo otra botella en seguida. Carlos. No te preocupes, tú no te preocupes.

(Hace mutis por la derecha. Y vuelven a oirse inmediatamente los cuchicheos. "Le aseguro que me he equivocado. Suelte...No, por favor. ¡Bruto! ¡Ay!". Carlos y Lorenzo estupefactos, están mirando hacia la derecha, por donde vuelve a aparecer Julia, con todos los pelos en la cara y el otro tirante del vestido en el codo. Trae una botella en la mano)

El whisky.

CARLOS: Esperamos de corazón que la próxima vez que salgas de ahí no vengas en combinación, Julia.

JULIA: (REPARANDO EN LOS TIRANTES) ¡Ah, es que se caen como los aviones!

CARLOS: Ya.

JULIA: Yo te sirvo.

(Abre la botella y comienza a echar con mano temblorosa y riega copiosamente el suelo, hasta llenar dos dedos en el vaso)

Ya está. No mucho que te hace daño al hígado. Tú, Lorenzo.

(La misma operación ante el indignado estupor de Carlos. Dos dedos. Vuelca la botella y no queda más)

Como vienen estas botellas...¿eh?

CARLOS: De una vez, Julia...¿qué te propones?

JULIA: ¿Yo?

CARLOS: Sí. Tú. ¿A qué vienen esas carreras, esos temblores y esos cuchicheos ahí dentro?

JULIA: No cuchicheo. Es que llamo al gato.

CARLOS: ¿Qué gato? Si no tenemos gato.

JULIA: Algún gato vendrá si yo le llamo, y ya sabes que me encnatan los gatos.

CARLOS: ¡Que te estás volviendo loca!

- JULIA: (DESESPERADA) Sí, sí...me estoy volviendo loca, voy a gritar cuando menos lo espereis. ¡No puedo más!
- LORENZO: Pero ¿qué te ocurre?
- JULIA: Pues... (MIRA A LA DERECHA) ¡que odio las Pascuas! Felicidades. A pasar buena noche. Que no coman mucho. ¿Y los pobres? ¿Cómo pasan los pobres la Nochebuena. Nos hemos preguntado eso? Y hay vagabundos que pasan la Nochebuena debajo de un árbol. Y nosotros aquí.
- CARLOS: ¿Pero tú estás oyendo?
- LORENZO: Que tiene inquietudes sociales. Tampoco es tan raro.
- CARLOS: (COGIENDO EL DELANTAL EN EL QUE ACABA DE REPARAR) ¿De quién es esto?
- JULIA: Mío.
- CARLOS: Que te vistes de pescadero de pronto.
- JULIA: Sí.
- CARLOS: Para hacer algo, claro.
- JULIA: Sí.
- CARLOS: (TOMANDO LA CHAQUETA) ¿Y esto?
- JULIA: Pues...
- CARLOS: ¿Pero otra vez, Julia? (INDIGNADO) ¿Otra vez? Ya has armado un jaleo de los tuyos.
- JULIA: Pero...
- CARLOS: La chaqueta...antes eran unos pantalones. Los debió de comprar en el mismo saldo.
- JULIA: Carlos, por la Virgen.
- CARLOS: (POR EL DELANTAL) Y éste es el elemento dramático.
- LORENZO: Que ha inventado un amante repartidor de comestibles.
- CARLOS: No, hombre, Eso está dentro de la lógica. Un amante disfrazado. ¿De qué, de qué se disfrazó hoy el hombre que tiene por misión despertar mis celos y ayudarte a que yo te preste más

atención?

JULIA: No puedo hablar.

CARLOS: ¡Más bonito todavía! La señora de Poveda no puede hablar.

¡Dios sabe lo que será el amante de turno! ¿También lo persigue la Guardia Civil como al de Robledo?

JULIA: No sé lo que dices.

CARLOS: ¿Pero lo estás viendo, Lorenzo? Si es para exponerla en una barraca. Hasta hace el papel y todo. Mirala cómo tiembla. Eso tiene más elementos dramáticos. Seguro que sí. ¡Vamos a ver, donde están los calcetines y el sombrero!

(SE DIRIGE A LA DERECHA)

JULIA: (SE DIRIGE A LA DERECHA Y LO IMPIDE) No, Carlos...por lo que más quieras, por nuestro amor, no entres ahí...!por lo más santo!

CARLOS: Y luego hablan de la crisis de actrices. ¡Déjame!

JULIA: ¡No!

CARLOS: ¡Déjame!

(Entra por la derecha. Julia se tapa los oídos. Un silencio. Sale Carlos muy serio. Mira a Lorenzo)

No te muevas, Lorenzo.

(Hace mutis por la izquierda. Julia asoma la cabeza por la derecha. Se asombra. Sale por la izquierda Carlos)

Quieto Lorenzo, no te muevas.

LORENZO: Perdona. No sé si es que tengo encima una borrachera que me hace oír cosas raras, pero, ¿me has dicho que no me mueva?

CARLOS: Eso te he dicho. Quieto.

LORENZO: Para toda la vida.

CARLOS: Quiero decir que no salgas corriendo cuando veas lo que vas a ver.

LORENZO: ¿Ocurre algo?

CARLOS: Y muy grave. ¡Ha fingido un robo!

JULIA: Escucha, Carlos.

CARLOS: No me hace falta. Voy a contarte la historia. Tu amante es ladrón, porque tú no puedes tener un amante de Correos. Ha entrado aquí y se disponía a robarlo todo. Pero llegamos nosotros. ¿No es cierto?

JULIA: Cuando tú lo dices...

CARLOS: Julia, escúchame. Voy a llamar al médico. Esto pasa de la raya. Porque un ladrón no se lleva esos dos candelabros que había aquí y que no valen nada, y un ladrón cuando entra en una casa como la nuestra está de antemano de acuerdo con alguien de dentro y si ese alguien eres tú, un ladrón no necesita forzar puertas y cajones, sino que tú le abras lo que necesite. Por último, un ladrón no deja todo lo que ha robado en una cesta y una bandeja al lado de la cama, por mucho que haya tenido que saltar por la ventana que para eso la dejaste abierta. ¡No ha funcionado tu mentira! Pero es la mayor farsa delirante que has ideado desde que nos casamos y toda esa palidez y esos temblores sé a qué se deben. Esto es ya de médico.

(Se dirige al teléfono. Julia se tapa el rostro con las manos. Va a decir algo. Pero en el umbral de la derecha está JUAN. Un gemido de Julia. Lorenzo junto a Carlos, ajenos a lo que ocurre a la derecha)

JUAN: ¡Estos listos que en cuanto ven la ventana abierta en invierno no miran debajo de la cama como haría cualquier tonto!

JULIA: ¡No dispare!

JUAN: Echelos de aquí. Tiene cinco minutos.

(Y se vuelve a entrar en la derecha. Carlos cuelga el teléfono)

CARLOS: Sí, sí, soy yo Carlos y te necesito... Se ha cortado. Pero viene. Y ahora mismo.

JULIA: ¿Quién?

CARLOS: Barrios, el psiquiatra. Sí, mi amigo. Está solo. Y poco le importa comer en su casa o en la mía. ¡Te ve ahora mismo!

JULIA: Carlos, que yo no lo necesito.

CARLOS: Lo hago por tu bien. Porque a pesar de todo...!maldita sea!... eres mi mujer y te quiero. Desde hoy, desde dentro de cinco minutos tratamiento intensivo. ¡Señor, que lo de Robledo se queda pequeñito al lado de este camelo! (SUENA EL TELEFONO. LO TOMA AIRADAMENTE CARLOS) Sí. ¿Quién? (TAPA EL AURICULAR) Bueno, ésto es para echarse a reir. ¿Quién dirás que llama, Julia?

JULIA: No sé.

CARLOS: Lorenzo...!Claro, si es el mismo de Robledo, el perseguido por la Guardia Civil! ¡Bien tramado! ¿Es Clemente, di?

JULIA: No.

CARLOS: ¿Quién es?

JULIA: No lo sé.

CARLOS: ¿Pero tú ves, Lorenzo? Si es para sacarlo en una película.

LORENZO: Te parecerá una tontería. Pero me estoy poniendo nervioso.

CARLOS: Si ya hay que tomarlo a broma, hombre. Ahora verás. (AL TELEFONO) Dime. ¿Quieres hablar con ella? Conmigo. ¿Qué Juan? ¡Ah sí, soy Juan! (RIENDOSE COMO UN IMBECIL) Me dice que si soy Juan...!Es para partirse, vamos! (AL TELEFONO) Sí. La voz. Es que me he resfriado. Y dale, que sí. Que soy Juan. ¿Quieres hablar con ella, verdad? Conmigo. ¿Qué? Espera. (COMIENZA A REIRSE) Ya ves. Esto es gracioso. Dice que a ver cuándo salen porque no hace más que dar vueltas con la ambulancia y le están siguiendo los de la vecindad a ver dónde está el enfermo. (AL TELEFONO) En seguida. Eso. Tú aguarda la señal. Eso. Adiós, hombre. (CUELGA RIENDOSE) Bueno...si no fuera para

echarse a llorar! ¡Qué imaginación! ¡Qué locura!

JULIA: Carlos...no, no estoy loca. Es algo, algo que no puedes comprender. Pero te juro que no estoy loca.

CARLOS: ¡No! Pero vas a volverte de un momento a otro. ¿A qué viene esa llamada, ese llo de la ambulancia? ¿Qué jaleo has armado con Juan? Es que los tienes por parejas.

JULIA: No es eso.

CARLOS: Habla. Te escucho. Explícame todo. ¿Por qué has fingido que alguien bebió el whisky?

JULIA: ¡Se lo han bebido!

CARLOS: ¿Tú?

JULIA: No, no fui yo.

CARLOS: Luego mentiste cuando nos decías que te habías bebido el whisky.

JULIA: Sí.

CARLOS: ¿Por qué?

JULIA: Por no hablar.

CARLOS: Antes era por decir algo y ahora es por no hablar.

(JULIA CAE EN UNA BUTACA SOLLOZANDO)

LORENZO: Me da mucha pena de ella, Carlos.

CARLOS: (MARCANDO UN NUMERO DE TELEFONO) Y a mí. Por eso hay que tomar medidas rápidas.

LORENZO: Quisiera ayudarla.

CARLOS: ¿Qué? ¿Qué te vas a poner a contar mentiras tú también?

LORENZO: Haría cualquier cosa por echarle una mano.

CARLOS: ¡Una mano! (AL TELEFONO) Doctor Barrios. Ya...ya. Dígame que soy Carlos Poveda. (A LORENZO) Esta es la única mano que queda por echar. A una tía mía la dió por decir que tenía un ladrón debajo de la cama, y a los tres meses de tratamiento, Barrios le quitó la manía. (A JULIA) No es preciso que llores

más. No se trata de manicomios ni cosa parecida. A lo mejor todo se resuelve con Vitamina B. (AL TELEFONO) Hola, Pepe. Si. ¿Qué haces? ¿Quieres cenarte un pollo frío conmigo? Se trata de Julia. Si, ya sé que me lo avisaste. Pero nunca se hace caso de esos avisos. Un cuarto de hora. Si, Te esperamos. Gracias. (CUELGA DE NUEVO. LA LUZ BAJA DE INTENSIDAD) ¡Lo que nos faltaba! ¡El apagón! (SUBE DE NUEVO) ¡Vaya! (BAJA OTRA VEZ) Mil pesetas a que tenemos que cenar con velas. (SUBE DE NUEVO) ¡Qué país! Y todo esto en Nochebuena. (BAJA OTRA VEZ) Van dos mil, Lorenzo. (SUBE LA LUZ Y SE ESTABILIZA)

Lorenzo: Pues las has perdido.

Carlos: Tú no habías abierto la boca. Voy por una botella de whisky. ¡No, tú aquí! (SE LO HA DICHO A JULIA) Porque si entras, traerás ginebra o pipermint y me lo echarás en el smoking. (A LORENZO UNA SEÑA EXPRESIVA) Que no se mueva mucho.

(Hace mutis por la derecha. Julia se refugia junto al lateral y chista a Lorenzo. Le indica el sofá. Lorenzo, un poco miedoso, tarda en comprender. Se sienta. Julia niega. Le hace señas de que lo corra. Lorenzo no entiende. Señas de debajo. Lorenzo como un imbécil se sienta en el suelo. Julia se desespera. Carlos sale con otra botella. A Lorenzo)

¿Qué haces?

Lorenzo: Aquí, en el suelo.

Carlos: ¿Pero por qué?

Lorenzo: Aficiones.

Carlos: A ti te ha sentado mal el whisky de verdad.

Lorenzo: Es probable.

Carlos: Levántate. (LORENZO OBEDECE) Ayúdame a desempaquetar eso. (A JULIA) Ven.

Julia: Prefiero serenarme un poco. Me quedo aquí, si no tienes inconveniente. Si te hago falta...

LORENZO: Me da mucha lástima, Carlos.

CARLOS: ¡Anda, anda!

(Hacen mutis los dos por la izquierda. Julia se lleva las manos a las sienes. Corre hacia la mesa. Toma la llave. Llamam a la puerta. Julia abre apresuradamente. En el umbral un sacerdote con su sombrero puesto. Abre los ojos al ver a Julia. Juan ha aparecido por la derecha con la pistola. Julia se abraza al sacerdote)

JULIA: Padre...!Dios le bendiga! Protéjame. (SEÑALA A JUAN) Es un ladrón. Quiere matarme. Y nadie me cree. Mi marido tampoco. Padre, protéjame. !Protéjame!

(El sacerdote se ha quitado el sombrero, que deja sobre un mueble y saca una pistola. Julia lo mira con un gemido. Aterrada quiere huir, pero el sacerdote le tapa la boca. Julia se desmaya en el instante en que el sacerdote grita:)

BERMES: !Dispara, Juan! No tenemos tiempo.

(HA CAIDO RAPIDAMENTE EL

T E L O N

A C T O S E G U N D O

A C T O S E G U N D O

=====

La misma decoración. Han transcurrido algunos segundos, un minuto, tal vez, entre ambas partes.

-----oOo-----

(JUAN está pegado al sofá. LORENZO BERMES, el disfrazado de sacerdote, atiende a la izquierda. JULIA bebe en el sofá medio desvanecida, una copa de coñac que le dá Juan)

BERMES: ¿Es posible?

JUAN: Sí. Pero ella se movió. Quise darle en la cabeza y tronché el cuello, me hizo un extraño. ¿Qué?

BERMES: Sigue en la cocina.

JUAN: ¿Seguro que nadie reparará en la ambulancia?

BERMES: No sé. Cuando ví que no salías inmediatamente, dí marcha atrás y la metí en el callejón. Supuse que me necesitabas. ¿Cómo podía imaginarme que la Electra jugaba en contra nuestra? De todos modos no hay mucho tiempo. Una ambulancia parada sin nadie dentro da qué pensar, alarma. La gente es moribosa y suele esperar a que el enfermo salga en una camilla para verle la cara.

JUAN: ¿Veinte minutos?

BERMES: A la desesperada.

JUAN: Oye, Lorenzo. Hay dos partes en este asunto. No podemos llevarnos las alhajas sin sacar a Elisa de aquí. Nuestra última salvación es que crean que ella es la ladrona. (LO MIRA) ¿Qué pasa? Miedos no, Lorenzo. Esto estaba planeado perfectamente. Y si salió mal en parte fué por el miedo de esa imbécil. No quiero volver a la cárcel. Y si tratas de huir o quitarte de en medio en este asunto, no dudes que acabo contigo. (SEÑALA EL SOFA) Van a cargarme a Elisa. Poco importa que me carguen

- a tí también.
- BERMES: (HUIDIZO) No pienso huir, Juan.
- JUAN: Por si acaso.
- BERMES: (POR JULIA) ¿Y ésa?
- JUAN: Ahora sí que no va a decir ni palabra. ¡Con el susto que le has dado!
- BERMES: Pilla el material y vámonos, Juan.
- JUAN: Sin ella, no. Eso es un crimen. Por éso te ponen el collar.
- BERMES: Pero...
- JUAN: Si logro engañar a la Policía es a base de Elisa, métetelo en la cabeza. Podemos huir siempre que crean que está viva. Y no quiero dar más explicaciones. (ALARMADO ANTE UN GESTO DE BERMES) ¿Qué pasa?
- BERMES: Ha cruzado uno.
- JUAN: ¿Viene hacia aquí?
- BERMES: No, no. Te avisaré con tiempo.
- (Julia ha reaccionado. Abre los ojos. Tose porque se atraganta con el coñac. Intenta levantarse)
- JULIA: ¡Jesús bendito! ¿Qué me ha pasado?
- JUAN: Que se desmayó usted cuando vio al padre Lorenzo sacar una pistola.
- JULIA: ¿Y mi marido?
- JUAN: Como los maridos ingleses. En la cocina.
- JULIA: ¿No habrá...?
- JUAN: No. Esté tranquila. Vive aún. ¿Se da cuenta de que debíamos haberla matado?
- JULIA: Estaba aterrada. Van a terminar llevándome a un manicomio.
- JUAN: Me gusta que lo haya visto. Un inocente sacerdote resulta ser uno de mis amigos. Le puede ocurrir cualquier cosa mala en cuanto menos lo espere. Una gitana que viene a pedir limosna pue-

de dejarla seca en el acto de dos tiros. La próxima sirviente tal vez sea uno de nuestros amigos. ¡Vamos, despierte! ¿Lo comprende bien?

JULIA: Sí.

JUAN: ¿Dispuesta a colaborar?

JULIA: Sí, pero por Dios, terminen cuanto antes. No tengo fuerza.

JUAN: ¿Puedes traer la ambulancia?

BERMES: Yo...

JUAN: Déjalo. ¿Hay mucha distancia al callejón?

BERMES: Apenas cincuenta metros. Puede acercarse hasta casi la esquina.

JUAN: Vamos a hacer otra cosa.

BERMES: ¡Que vienen!

JUAN: ¡Por aquí! Debajo de la cama. ¡Y con calma! (EN LA DERECHA)
Ahora son dos pistolas, señora. Usted juzgará, Aguante los nervios.

(Desaparecen ambos por la derecha. CARLOS y LORENZO entran por la izquierda)

CARLOS: ¿Cómo funciona ese maldito horno de gas?

JULIA: No sé. Hace poco que lo arreglaron.

CARLOS: Parece una tontería, pero quiero calentar el pollo frío. (A LORENZO QUE INTENTA BEBER HISKY) Lorenzo, si sigues bebiendo me aguarás la noche. No estás acostumbrado a tanto.

LORENZO: No sé por qué, Carlos. Pero lo necesito. Oye, tú sabes que yo con algún optimismo soy como un perro. Venteo cosas raras. Y cada vez me estoy poniendo más nervioso.

CARLOS: (FURIOSO) Pues márchate a casa de Luisita. ¡Diablos! Tengo suficiente con Julia, ¿no? Estoy trabajando todo el invierno como una fiera, me dejó el sudor en la mesa de despacho...

LORENZO: Pero...

CARLOS: Y cuando llega Nochebuena se me estopea el coche, tengo que

cenar fiambre, una vecina amenaza con visitarnos, mi suegra me insulta, mi mujer sufre la más terrible de sus crisis y mi amigo no puede vivir sin la botella. ¡Ya está bien, ¿verdad?!

(LLAMAN A LA PUERTA. JULIA DA UN GRITO)

CARLOS: ¿Qué te pasa?

JULIA: Que han...han llamado.

CARLOS: Pues abre.

JULIA: Yo...yo...¡no!

CARLOS: Pues abriré yo. A lo mejor es Barrios.

JULIA: A lo peor es otro.

CARLOS: Ya vuelves con tus tonterías.

(Va a la puerta y abre. Entra RAMIRO. Es un hombre de mediana edad. Trae unos gemelos)

RAMIRO: ¿Se puede?

CARLOS: ¡Pero si es don Ramiro!

RAMIRO: Buenas noches, don Carlos y compañía. ¿Quién es el que está grave?

CARLOS: ¿Grave? Aquí, nadie.

RAMIRO: Entonces, ¿a qué ha venido el cura?

CARLOS: ¿Qué cura? Aquí no hay ningún cura.

RAMIRO: Pues juraría que he visto a uno entrar en la casa y que su mujer le abrazaba.

CARLOS: Ah, sí es cosa de Julia es diferente. Le gusta jugar con los trajes a sombras chinescas.

RAMIRO: Es que también vine antes cuando entró el ladrón, por si la pasaba algo...Pero me dijo que no, que ya se había ido.

CARLOS: Claro, el ladrón. Pero no se preocupe que era un amigo de mi señora. Aquí nos tratamos con toda clase de gente.

RAMIRO: Ya lo veo, ya. En fin, pues me alegro que no sea nada y si me necesitan...

JULIA: Ahora no, pero usted siga mirando desde la terraza.

- RAMIRO: El caso es que es raro que me equivoque, porque con ésto (POR LOS GEMELOS) nunca se me escapa detalle.
- CARLOS: Pues ahora don Ramiro, váyase tranquilo, que por ahora no nos ocurre nada. (SALE RAMIRO. CARLOS SE VUELVE A JULIA) Por lo visto también el vecino querías hacerle creer la historia del ladrón...
- JULIA: Yo no he dicho nada del ladrón... (GRITANDO) ¡Aquí no hay ningún ladrón!
- CARLOS: Toma, éso ya lo sé yo... Pero ¿por qué gritas?
- JULIA: Yo no grito. He dicho: ¡Aquí no hay ningún ladrón!
- (GRITA MAS FUERTE)
- CARLOS: Está bien; pero no pongas esa cara. Parece que esperas al enterrador.
- JULIA: Pues no tendría nada de particular.
- CARLOS: Debías agradecer que Barrios quiera ayudarte. Ayudarte, esa es la palabra. Miles de personas han sido sometidas a tratamiento psiquiátrico. Porque veían cosas que no existían o por que caían en manías parecidas a la tuya. Hoy son seres normales que andan tranquilamente por la calle. El ser humano es algo así como esta casa. Hay dos teléfonos. Uno aquí y otro en el despacho. Pero la clavija, la que manda, la que rige, está en el despacho. No importa imaginar cosas si la clavija funciona y corta a tiempo la comunicación y nos devuelve la verdad, aunque nuestra personalidad esté fluctuando entre los dos teléfonos.
- LORENZO: Eres orador, Carlos.
- CARLOS: Déjame en paz. Julia, amor mío. Tú comprendes por qué lo hago, ¿verdad?
- JULIA: Sí, Carlos.

- CARLOS: Es por nuestro bien. Un día cualquiera puedes no recapacitar, creer que todas esas prendas que dejas en la butaca las ha dejado alguien realmente. Y entonces la cosa se pondría muy mal. (ACABA DE ENCONTRAR LA TEJA QUE SE DEJO BERMES EN LA BUTACA) Como se está poniendo.
- LORENZO: (INGENUAMENTE) ¿Objetos de cotillón?
- CARLOS: ¡Julia, por la Virgen! Saca ya el uniforme de Maestrante que tienes guardado y acabemos.
- JULIA: El caso es que...
- CARLOS: ¡Esto es el colmo! Tú has sido siempre católica practicante. ¿Qué historia vas a inventar sobre este sombrero?
- JULIA: No sé...cómo ha podido llegar ahí.
- CARLOS: (PASÁNDOSE UNA MANO POR LA FRENTE) Lo que no me explico es de dónde saca este guardarropa. ¡Dios mío, es para desesperarse!
- JULIA: Si tú tuvieras paciencia...
- CARLOS: Me contarías que te has traído un cura para confesarte de tus culpas, abjurar de tus amantes y entrar en Nochebuena limpia de pecado.
- JULIA: No diría eso.
- CARLOS: (A LORENZO) Verás como surge la historia del cura tarde o temprano. Lorenzo, Por donde menos lo pensemos.
- JULIA: Juan, por Dios. Si ese psiquiatra va a venir deja que me vea y no me grites más. Estoy llegando al límite de mis fuerzas.
- CARLOS: ¿De dónde has sacado este sombrero?
- JULIA: No lo sé. Yo no lo he traído.
- CARLOS: Entonces es que ha venido un cura a casa.
- JULIA: Tal vez.
- CARLOS: ¿Pero es que en un momento que te dejamos sola sacas un sombrero y lo pones en la butaca? Es que ni siquiera piensas que estando éste y yo en la cocina, y tú sola aquí, todos vamos a

sospechar que has sido tú quien ha dejado el sombrero. ¡Caray con la butaquita! Parece un asiento de tren. En cuanto nos decidados lo reservas. ¡Ayúdame! Vamos a ver si estando pegadita a mí encuentro una gorra de portero cuando volvamos...¿a qué no?

JULIA: Como tú mandes, Carlos.

CARLOS: A ver si consigues que esa cocina de gas funcione. El mejor día nos hará explosión en las narices.

(Hacen mutis los tres por la izquierda. Por la derecha aparece BERMES, JUAN detrás)

JUAN: Yo saco las cosas al jardín y salto por la ventana. Date prisa con ella. (ABRE LA PUERTA. BERMES ESTA INDECISO) Una duda más y te pego dos tiros. Lorenzo. Esta vez si me cogen no será por culpa de nadie. (BERMES ASIENTE) ¡De prisa!

(Juan vuelve a la derecha y desaparece. Bermés aparta un poco el sofá. Al ver el cuerpo de Elisa se lleva una mano al cuello con angustia. Corre el sofá curbiéndola y arrodillado lo encuentra LORENZO que ha entrado a servirse un whisky. Lo observa. Bermés ve a Lorenzo. Palidez. Y Lorenzo como un imbécil, dice)

LORENZO: Buenas noches, padre.

BERMES: (NERVIOSISIMO) Buenas noches, hijo.

LORENZO: ¿Esto es de usted? (LE DA LA TEJA)

BERMES: Sí, hijo. Buenas noches.

LORENZO: Buenas noches, padre.

(Y le besa la mano. Bermés desaparece con cierta prisa por la derecha. Lorenzo se sienta en el sofá dulcemente y de pronto grita)

¡El curaaaa! ¡El curaaaa!

(Por la izquierda aparece CARLOS seguido de JULIA)

CARLOS: ¿Qué ocurre?

LORENZO: Ya ha salido el cura.

CARLOS: ¿Pero qué cura?

LORENZO: El que esperábamos. He entrado por el whisky y me lo encontré arrodillado.

CARLOS: ¿Arrodillado?

LORENZO: Sí. Aquí mismo. Supongo que rezando, claro. Le he dicho "Buenas noches, padre". me ha contestado "Buenas noches, hijo" y se ha marchado. Con el sombrero, porque me permití darle el sombrero.

(Carlos ha mirado el vaso de whisky que hay en la mano de Lorenzo)

CARLOS: Por partes, Lorenzo. Tú has entrado aquí y has visto un cura.

LORENZO: Sí.

CARLOS: Un cura que se ha marchado.

LORENZO: Eso.

CARLOS: ¿Y tú no les has preguntado qué hacía arrodillado?

LORENZO: No.

CARLOS: ¿Por qué?

LORENZO: Se arrodillan mucho. No lo encontré extraño.

JULIA: (DE PRONTO) ¿Por qué mientes, Lorenzo?

LORENZO: ¿Yo?

JULIA: ¿Cómo es posible que tú hayas visto un cura si ese sombrero lo compré yo y lo puse yo misma en la butaca?

LORENZO: Pues...

JULIA: ¿Cómo se te ocurre decir esa tontería si el cura es un invento mío?

LORENZO: ¡Si le he besado la mano!

JULIA: No puedes haberle besado la mano, porque yo inventé ese cura. como muy bien dice Carlos, con objeto de confesar a mi marido que existía un sacerdote dispuesto a absolverme de mis pecados y hablar con Juan y Lorenzo para que se retiraran discretamente de mi vida.

CARLOS: ¿Y bien?

LORENZO: Por mi padre que yo he visto un cura.

JULIA: (ACERCANDOSE A EL SONRIENTE) Tú no has visto ningún cura. Carlos dijo: "Verás cómo surge la historia del cura". y tú, que eres muy sugestionable, has pensado que veías a un cura. El resto lo ha hecho el whisky.

CARLOS: Eso se llama sentido común.

LORENZO: ¿Qué quereis? ¿Échame también a mí al psiquiatra? He visto a un cura y he visto a un cura.

JULIA: Pero, Lorenzo...

CARLOS: Déjalo. Ha visto un cura. ¿Por dónde se marchó ese cura?

LORENZO: (SEÑALA LA DERECHA) Por ahí.

CARLOS: Perfecto. Ahí está el dormitorio. Vamos a registrarlo de arriba a abajo.

JULIA: (ALARMADA) Eso tampoco.

CARLOS: Eso sí. Vamos, Lorenzo.

JULIA: Carlos, si yo te pido que no lo sometas a esa prueba.

CARLOS: ¿Quieres quitarte de delante? No sé qué diablos pasa con esta habitación que siempre que intento entrar estás tú en la puerta. Voy a mirar incluso debajo de la cama, como hacen los niños pequeños. (A LORENZO) Y pídele a Dios que encontremos un cura, porque si no lo encontramos, Barrios empieza por tí y con un electrochock. ¡Vamos!

(Hacen mutis por la derecha. Julia corre a la mesita e intenta levantar el teléfono. Duda. Angustiada. Alguien empuja la puerta del foro. Es JUAN. Trae a hombros al falso cura, exánime. Julia ahoga un grito)

JUAN: Quieta. Quiso salir corriendo. Le tuve que dar con uno de los candelabros en la cabeza. He saltado al jardín. Ayúdeme.

JULIA: (ATERRADA) Oiga. Dos muertos son demasiados para una casa decente.

JUAN: (POR LA DERECHA) Cierre esa puerta.

JULIA: Tiene el cerrojo por dentro. Lléveselo a la cocina.

JUAN: ¿Qué quiere? ¿Qué lo tenga que arrastrar por todo el pasillo?

JULIA: Si tiene usted calma, en cuanto venga el psiquiatra me será posible encerrarme con todos ellos en el despacho.

JUAN: ¿Tardará mucho?

JULIA: Pongamos un cuarto de hora. ¡Qué vuelven!

(Juan busca donde dejar el cuerpo inanimado de Bermés. Julia le señala el biombo)

¡Ahí detrás.

JUAN: Es muy peligroso.

JULIA: No hay otro sitio.

JUAN: Si me descubren usted va la primera.

JULIA: Procuraré que no le descubran. Ya le he dicho que voy a ayudarle. Ayúdeme usted a mí.

(Juan se oculta con Bermés detrás del biombo. Julia lo cubre de vistas convenientemente. Sale LORENZO por la derecha y tras él CARLOS. Julia tiene que fingir que arregla los muebles y empieza a correr y descorrer la butaca, la mesita, tropieza con la alfombra y por fin con una sonrisa se sienta en el sofá. Los dos hombres la han visto hacer. Lorenzo se rasca la cabeza)

Estas criadas...no hay quien las haga trabajar. Y ahora, meno (HA MIRADO DISCRETAMENTE BAJO EL SOFA) ¿Qué? ¿Habeis encontrado al cura?

CARLOS: Ni vivo ni muerto.

JULIA: Hombre, muerto...

LORENZO: No gastes bromas. Me está ocurriendo una cosa grave.

CARLOS: Hemos mirado en el armario, debajo de la cama...

LORENZO: Pero la ventana estaba abierta.

CARLOS: Antes lo estaba también, y acabamos de cerrarla.

LORENZO: No es el whisky, Carlos. El peor defecto que puede producirme

- el whisky es pagar recibos. Pero ver curas y besarles la mano
- CARLOS: (CON PACIENCIA) ¿Entonces dónde está?
- LORENZO: Se habrá ido.
- CARLOS: Dios mío, utiliza tu cabeza, imbécil. ¿Para qué va a entrar un cura aquí si no le hemos llamado? Y pon que hubiera entrado por casualidad...¿para qué se iba a ir por la ventana?
- LORENZO: Pensaría que somos de izquierdas.
- LORENZO: ¡Idiota! Respóndeme a eso. Si puedes...¿no, verdad?. Y no puedes porque no tiene lógica, porque no es normal y en la vida hasta lo más raro sucede normalmente.
- JULIA: (BENEVOLO) Ven aquí, Lorenzo. Carlos tiene razón. Todo lo que dices no es normal. En cambio es perfectamente normal que el whisky y la sugestión te hayan hecho ver lo que no existe. ¿Conformes?
- CARLOS: Claro que sí.
- JULIA: ¿De acuerdo?
- LORENZO: Bueno.
- JULIA: ¡Anda, no te preocupes! (EN VOZ BAJA SIN QUE SU MARIDO SE DE CUENTA CASI EN UN SUSURRO) ¿Tú sabes el número de la Policía?
- LORENZO: ¿Qué?
- JULIA: El número de la Policía que sí te lo sabes de memoria.
- LORENZO: ¿Por qué?
- CARLOS: ¿Qué estás cuchicheando?
- JULIA: (RAPIDA) Nada. Le he preguntado que si había estado en París, como todos los españoles y me ha dicho que sí.
- CARLOS: ¿Y a qué viene preguntarle eso?
- JULIA: (DE PRONTO) Es que ha dicho, de pronto: ¡Oh, la, la!
- CARLOS: ¿Tú has dicho: ¡Oh, la la!"
- LORENZO: No, Julia me ha preguntado...
- JULIA: Ha dicho: ¡Oh, la, la!...te lo aseguro

LORENZO: (DESESPERADO) ¡Madre de mi alma! Julia ha...

JULIA: Si no tiene ninguna importancia. Ya te lo he dicho, no te preocupes y tú has contestado: ¡Oh, la la! Sucede mucho. Se te pregunta: "¿Cómo va el trabajo?" y uno contesta: "Comme çí, comme ça". Tú estás siempre con éso de "laran, laran"... ¿Les feuilles mortes"...

CARLOS: ¿Y por qué vas a negar que has dicho "Oh la la, la? ¿Qué de malo tiene éso?

LORENZO: (EN UN RUGIDO CASI) ¡No he dicho: ¡Oh la la! Me parece una idiotez decir: ¡Oh, la la! Una vez que dije: ¡Oh, la la! de jovencito, me suspendieron en francés.

CARLOS: ¿Por las buenas?

LORENZO: No. Me preguntaron que cómo se decía: ¿Quiere usted tomar café? Y yo contesté: ¡Oh la la! Porque me lo sopló un mala idea del primer banco.

CARLOS: (FRENÉTICO) ¿Pero es que vamos a volvernos locos? ¿Qué diablos me importa si has dicho: ¡Oh la la! o no?. Júrame que no lo has dicho.

JULIA: Ten en cuenta que los sucesos infantiles quedan grabados de una forma que a veces sin querer, inconscientemente, se dicen palabras de la niñez.

CARLOS: Vamos, júrame que no lo has dicho.

LORENZO: (MIRA A JULIA) Me estais haciendo un lío. Me habeis traído aquí para que os divierta. Habeis dicho: ¿qué es preferible, darle a la zambomba o desconcertar al tonto? Pues desconcertar al tonto.

CARLOS: ¡Lorenzo!

LORENZO: Me tienes rabia. Sí. Me encuentras original porque soy del Atlético. Estás gastándome bromas feroces todos los días. Te bu-las de mi sistema para recordar los teléfonos. Un día entras-

JULIA: No tendremos mucho calor junto a la chimenea?

CARLOS: No. Anda, llévatelo al dormitorio.

JULIA: Sí. (MUY NERVIOSA) Desde luego. (EN VOZ ALTA) Tengo que llevarme el biombo al dormitorio.

CARLOS: ¿A qué viene vocearlo como si anunciaras una pelea de boxeo?

JULIA: Verdaderamente.

CARLOS: (COMPROBANDO QUE LA MESA SE TAMBALEA) Pues anda.

(Julia toma el biombo con mucho cuidado. Lo empieza a trasladar desplegado. JUAN se agacha y arrastra a Bernes en primer término, protegido por el biombo que estratégicamente lleva Julia. Estratégica, pero rarísimamente. Carlos que se disponía a calzar la mesa cae la atención en las maniobras de Julia y la contempla asombrado. Juan ha logrado evadirse por la derecha y Julia pliega el biombo dejándolo a un lado)

¡Ah! ¿Pero podía plegarse?

JULIA: Pues sí.

CARLOS: ¿Y por qué no lo has plegado ahí?

JULIA: Como me dijiste que me lo llevara al dormitorio.

CARLOS: Te dije éso porque no creí que pudiera plegarse.

JULIA: Todos los biombos.

CARLOS: El que hay en el comedor, no.

JULIA: Es cierto. Pero éste sí, ya ves.

(LLAMAN A LA PUERTA. CARLOS CAMINA HACIA ELLA)

CARLOS: ¡Qué absurdo! Yo quería sitio para la mesa nada más. Me da igual que lo pliegues ahí, que lo pliegues allá. (ABRE. EN EL UMBRAL LORENZO CON EL SOMBRERO DE CURA PUESTO EN LA CABEZA)

¡Oye!

LORENZO: Estaba en el jardín. (LE MUESTRA EL SOMBRERO) Prueba inequívoca de que el cura existe y...

(CARLOS CIERRA LA PUERTA EN LAS NARICES)

JULIA: No, Carlos.

CARLOS: Sí, Carlos. ¡Amigos desde niños...!

JULIA: Tengo la culpa yo.

CARLOS: ¿Tú?

JULIA: (PAUSA) Sí. Le pedí que me ayudara. El se negó al principio. Te aseguro que se negó. Toda la fabulosa historia del cura es tá relacionada con Lorenzo y con la vecina. Me puse de acuerdo. Tenías tú razón. Perdónale y llámalo. Se va a helar intentando buscar un taxi.

CARLOS: ¿Qué es esa historia?

JULIA: ¿Lo llamas si te la cuento?

CARLOS: ¿Qué es?

JULIA: Bueno. El cura no era tal cura, sino un pretendido tunante disfrazado. Ya ves qué sencillo. Compliqué a la vecina. El marido tenía la obligación de venir y amenazar al cura con una pistola, disputándose los dos mi amor. Luego tenía planeado que me vieras con él un instante y que echara a correr. La vecina y su marido estaban en completo acuerdo y logré que Lorenzo gritara: "¡El cura!" e inventé todo eso que ha contado.

CARLOS: ¿Lo ves como cuando dices la verdad se nota?

JULIA: Claro.

CARLOS: ¿Te das cuenta de que todo lo que acabas de decir encaja perfectamente y es normal? Porque, en efecto, lo lógico es que a estas horas y en estas fechas, no haya curas por la calle, sino raramente.

JULIA: Eso.

CARLOS: Y tu empeño en inventar historias fabulosas casa con todo lo que me has dicho.

JULIA: Sí.

CARLOS: Y Lorenzo te ayudó porque se ha hartado de decir que le dabas

lástima.

JULIA: Sí.

CARLOS: ¡En engranaje! Ese es lo que yo llamo el engranaje! Y seguramente a la vecina la convencerías con la historia de Dolores.

JULIA: No. Ahora es una tal Remedios, que tiene una tienda de aparatos eléctricos, que se la has puesto tú y además os ibais a marchar los dos al Canadá.

CARLOS: Perfecto. Cuando las cosas suenan a lógicas se aceptan. Eso sí. Y cada vez que confieras una mentira te libras de un enorme peso, adelantas en tu curación y no me pones en ridículo, porque sé a qué atenerme y conozco el terreno que piso.

JULIA: (MIRÁNDOLO DETENIDAMENTE) Cuando te oigo hablar así pienso si no estaré perdiendo el tiempo.

CARLOS: ¿Por qué?

JULIA: (RECTIFICA) Si no estaré perdiendo el tiempo con mis manías. Podíamos ser muy felices.

CARLOS: Y lo seremos. (ABRE LA PUERTA) ¡Lorenzo! ¡Eh, Lorenzo! ¡Vamos Ven aquí. Sí, hombre, sí. Anda. Si no vas a encontrar taxi. Venga ya. Que hace frío. (LORENZO APARECE CON EL CUELLO DEL SMOKING SUBIDO Y UNA GARA TRISTISIMA) Anda, entra.

(LORENZO entra, y Carlos le da un golpecito en la espalda, cariñoso. Y le dice:)

¡Ay...! Buen corazón. (LORENZO LO MIRA ATONITO) Lo sé todo, pero no es necesario que lo vuelvas a hacer. (SONRÍE) El cura...el cura...! Buen cura estás tú hecho! Acércate al fuego. ¿Quieres ver cómo van esos pollos, Julia?

JULIA: El horno estaba a uno. Aún faltará un poco.

CARLOS: De todos modos...

JULIA: Como quieras.

(Julia hace señas a Lorenzo de que asiente, que espere. Se lleva los dedos a la boca y luego hace ademán de que no hable, luego a los oídos de que no escuche. De nuevo que espere. Carlos está avivando los troncos de la chimenea. Lorenzo se pasa una mano por la frente, incapaz de entender nada)

CARLOS: ¿No vas, Julia?

JULIA: Sí, sí.

(Y le hace ademán a Lorenzo de que tenga ojo. Lorenzo asiente)

CARLOS: Te advierto que yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

LORENZO: ¿Irte al Tercio?

CARLOS: No...¿ya sabes? Las mujeres tienen su encanto. Es terrible verlas sufrir.

LORENZO: Y a los hombres que no se enteran de nada, también.

CARLOS: Pero cuando no hay un caso de locura, sino una neurosis, una manía, para entendernos.

LORENZO: Para entendernos. Eso es lo que yo quiero, para entendernos.

CARLOS: En ese caso es preferible atajar, tomar medidas rápidas. (VA AL TELEFONO Y LO DESCUELGA) Por ello... (AL TELEFONO) ¿Eh? No, no ha sonado. Es que levantaba yo el auricular en ese instante ¿Qué? ¡Hombre, cómo lo siento! (A LORENZO) Es Barrios. (AL TELEFONO) El coche. Si yo no lo tuviera estropeado. Sí, hijo. Me fías es Navidad. Pasado. Como tú quieras. Pensé que si no tenías con quien cenar. Así aprovechabas y veías a Julia. Claro, claro. Te hablé algo de eso. Fantasías. Sí, con preferencia eróticas. Hace creer a todo el mundo que tiene amantes. (FAS-TIDIADO) Me comporto moralmente, Pepe, y es una pregunta que me irrita. Más bien tirando a exagerado. Sí, sí. Eso es. Deja pruebas en las butacas, inventa sin darse cuenta en la responsabilidad en que puede colocar a los demás. ¿Fabulosas? La última es que existía un amante disfrazado de cura. Sí. Muy ner

viosa. Tartamudea. Hace cosas extrañas. Sí. (A LORENZO) Apunta.

LORENZO: ¿A dónde?

CARLOS: En un papel. ¡Vamos! (LORENZO TOMA UN PAPEL Y UN LAPIZ) Trilafón de ocho. ¿Así nada más? Tres al día. De acuerdo. Pasado mañana te la llevo. Pues como tú me digas. No irritarme. Eso es difícil en mí. Todo por las buenas. De buena forma, sonriendo. Procuraré. Sí, sí, no hace falta que me lo digas: ir desarticulando las mentiras por el exterior. Eso pienso hacer. Y siento que no vengas. Aunque ya me figuro que no estarás solo. Sí, sí. Oye, a lo mejor necesito llamarte para recabar tu testimonio. Dentro de un rato. Hay un enredo que me preocupa especialmente. La suegra puede esperar, pero un vecino... Gracias. (A LORENZO) Esto de estar incomunicados prácticamente en Nochebuena no me hace ninguna gracia. Si voy a buscarlo hubiera venido. Estoy seguro. (LE TOMA EL PAPEL. LO MIRA) ¿De veras te tiembla de ese modo el pulso?

LORENZO: No. Es la pluma, que se la compré a un gitano y ya sabes cómo se mueven.

CARLOS: (MARCANDO AL TELEFONO) Pero si no estoy enfadado contigo. Ya te he dicho que te comprendo. Y que tal vez yo hubiera hecho lo mismo si no se tratase de mi mujer. Total... ¿Qué has hecho

LORENZO: Eso, ¿qué he hecho?

CARLOS: Decir "el cura". Yo también lo hubiera dicho. Lo importante es que no lo repitas. (AL TELEFONO) Oiga, ¿señora de Sandoval? El señor Poveda. ¿Doña Rosa? Es usted. ¿Cómo estamos vecina? ¿Quiere tomarse una copita con nosotros? Tengo que hablarle. Pues cuando quiera. ¿Ahora mismo? De acuerdo. La esperamos. Cuando quiera. Bueno. Pues traiganos un platito de turrón... Muy agradecidos. (CUELGA) Lorenzo, en el fondo te

agradezco que hayas dicho lo del cura. Sí, señor. Ya ves. Cuando se me quita la irritación lo reconozco. Demuestra que le tienes afecto. Muchas gracias.

LORENZO: No hay de qué.

(Se dan la mano. Carlos hace mutis por la izquierda. Lorenzo toma su abrigo, se lo pone y se dispone a marcharse por su propia voluntad. JUAN aparece por la izquierda. Le chista. Le indica con gestos que no se vaya y le señala el sofá)

No aguanto una seña más, Julia. Ni una. Esto no es una cena. Es una partida de mus.

(Julia le pide que se calle. Corre a la izquierda. Mira)

JULIA: Ven aquí. Quitate el abrigo. (LORENZO SE ACERCA, DESPUES DE QUITARSE EL ABRIGO) ¿Cómo dejaste la ventana?

LORENZO: Cerrada.

JULIA: ¿Cómo está ahora?

LORENZO: Abierta.

JULIA: Eso significa que se ha llevado al cura.

LORENZO: Bueno. Que lo paseis bien. (INTENTA MARCHARSE)

JULIA: Y significa que va a volver él solo.

LORENZO: ¿Quién?

JULIA: El ladrón.

LORENZO: Ya.

JULIA: Y que necesito que me ayudes.

LORENZO: Te van a ayudar, Julia. El médico...

JULIA: No necesito ningún médico. Necesito un hombre.

LORENZO: (COLORADISIMO) Oye, Carlos es mi amigo, y yo antes que faltar a un amigo...

JULIA: Necesito un hombre y que no sea Carlos.

LORENZO: No hagas éso, por muy de moda que esté, que luego te arrepentirás.

JULIA: ¿No lo entiendes? Existe el cura y el hombre en mangas de camisa. Es muy sencillo. (MIRA A LA IZQUIERDA) Se trata de un ladrón. Ha habido un robo. Y ese loco tiene una pistola. y lo que es peor una banda de forajidos dispuesta a matarnos si yo le delato a la Policía.

LORENZO: Ya...

JULIA: Y cuando tú entraste intentaba llevar a su cómplice muerto, disfrazado de cura, hasta una ambulancia que tiene apostada cerca de aquí. Y yo le estoy ayudando.

LORENZO: Anda.

JULIA: Con mi ayuda sacaré de casa los cadáveres.

LORENZO: ¡Toma!

JULIA: Porque estaba de acuerdo con la criada, a quien mató por un descuido.

LORENZO: ¡Vamos, como quien se deja un grifo abierto!

JULIA: Es así.

LORENZO: (TOMANDO UNA ZAMBOMBA) Mira. Vosotros me dejais esta zambomba y yo me voy a un banco de Rosales a tocarla, y tan contento.

JULIA: Te juro que es así.

LORENZO: ¡NO!

JULIA: ¿No me crees tú tampoco?

LORENZO: No. Ni te creerá nadie.

JULIA: Está bien. Tú lo has querido.

(Le obliga a agacharse. Empuja el sofá un poco para que Lorenzo pueda ver lo que hay debajo)

¿Qué dices ahora? (UN SILENCIO. SE AGACHA ELLA E INCORPORA A LORENZO QUE ESTA SIN CONOCIMIENTO) ¡Lorenzo, por la Virgen! ¡Eres mi última esperanza! ¡Lorenzo es cuestión de minutos! (CORRE EL SOFA Y DEJA A LORENZO ENCIMA) ¡Lorenzo, reacciona! ¿Quieres whisky?

(Va a servirle de la botella, cuando oye la voz de Carlos, desde dentro)

CARLOS: Julia, ayúdame un momento. ¡Julia!

JULIA: ¡Sí! (A LORENZO) ¡Despierta, imbécil! (LO ABOFETEA) ¡Lorenzo, por Dios!

CARLOS: ¡Julia!

JULIA: ¡Sí!

(Corre y desaparece por la izquierda. Pausa. Lorenzo gime y se lleva la mano a la cara dolorida. Sacude la cabeza. Abre unos ojos enormes. Piensa. Con lentitud tantea a un lado del sofá. Busca debajo. Saca de pronto un zapato de tacón, que observa. Tantea más y saca otro zapato. Los deja encima de la mesa. Súbitamente se pone en pie y muy rápidamente se coloca el abrigo, abre la puerta del foro. Va a salir. Recuerda algo, vuelve apresuradamente, coge la zambomba y se dispone a salir, cuando en la de recha está JUAN apuntándole con la pistola)

JUAN: Estése quieto. La encontré ¿verdad?

LORENZO: (TEMEROSO ENSEÑANDO LA ZAMBOMBA) Sí, señor. Aquí la tiene usted.

JUAN: Acérquese.

LORENZO: Si me hace algo se carga usted la presa de Sahagun. Yo le ruego que por el bien nacional...

JUAN: Acérquese.

LORENZO: Sí, señor.

(Juan lo toma por las solapas. Julia en la izquierda. Trae unos platos y unos vasos. Un mantel al brazo)

JULIA: No le haga nada. Está de acuerdo con nosotros.

JUAN: ¿Este?

LORENZO: (TEMBLOROSO) Este. Sí. Lo que usted mande.

JUAN: No puede ser.

JULIA: (TRAS DEJAR LOS PLATOS Y EL MANTEL) Le ayudará a sacar a Elisa. La llevará hasta la ambulancia. Yo le esperaré para darle las joyas.

JUAN: ¿Cómo sé que puedo fiarme?

LORENZO: Míreme la cara.

JUAN: Los he visto más tontos y al final la jugaron.

JULIA: El sabe como yo que si decimos algo, tarde o temprano los suyos acabarán con nosotros. Esté tranquilo. Compréndalo. No es mi marido. Mi marido lucharía con usted; si salía vivo intentaría denunciarlos. Este no. Este no hace nada, Juan.

JUAN: (A LORENZO) ¡Lo ha comprendido!

LORENZO: Sí, don Juan.

JUAN: Dentro de la ambulancia está Lorenzo.

LORENZO: (LANZA UN GEMIDO SECO) ¡Ahhhh!

JULIA: (SOLICITA) Es el otro Lorenzo el disfrazado de cura. Tranquilízate. (A JUAN) me lo suponía.

JUAN: Ha sido realmente fácil y no me ha visto nadie. Tengo la ambulancia pegada a la acera del callejón. Bastará con que andemos cuarenta metros escasos. Usted dispondrá que la señora tenga tiempo de acercarme las alhajas en cuanto haya metido a ésa dentro de la ambulancia.

JULIA: ¡Cuidado...mi marido!

JUAN: (POR LA PISTOLA) Mírela bien.

LORENZO: Usted tranquilo, don Juan.

(Juan hace mutis por la derecha. Por la izquierda entra CARLOS con unos cubiertos y un par de botellas de champán)

CARLOS: El champán está helado. (JULIA HA PUESTO EL MANTEL. CARLOS DEJA LAS BOTELLAS ENCIMA DE LA MESA) Acerca más la mesa a la chimenea, Julia. Tengo buenas noticias para ti, Lorenzo, se me... (LO ENCUENTRA CON EL ABRIGO PUESTO Y LA ZAMBOMBA EN LA MANO) ¿Qué haces?

LORENZO: Cantando villancicos.

CARLOS: Pues no te ofa. ¿qué villancicos cantabas?

LORENZO: Ese de "La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va y nosotros nos iremos y no volveremos más". (HACE SONAR LA ZAMBOMBA DEBILMENTE) Ande...ande...ande...

CARLOS: ¿Con abrigo?

LORENZO: Con lo que sea.

CARLOS: Digo que te has puesto a cantar con abrigo.

LORENZO: ¡Ah, sí! Es que luego en estos jaleos de Nochebuena se lo quitan a uno y...

CARLOS: (CRUZANDO LOS BRAZOS) Bueno.

LORENZO: No, perdona. Es que estoy muy nervioso. La zambomba...¿sabes? Tumba, tumba...como no tiene otra nota. Porque el piano es diferente. Haces una escala. ¿Pero qué escala vas a hacer con una zambomba?

CARLOS: Fíjate que soy ya mayorcito. En mi vida he visto una borrachera más cretina.

LORENZO: No es borrachera, Carlos. Son nervios. Que me afecta mucho el frío.

CARLOS: Pues en mi vida he visto unos nervios más estúpidos. Ayúdanos.

LORENZO: Desde luego.

CARLOS: Tal vez esté mejor la mesa así, atravesada. Claro, somos tres. Uno, dos y tres. Julia, coge de ahí.

(Señala un extremo de la mesa. Julia obedece. Carlos gira noventa grados el sofá, con lo que el cadáver de Elisa queda al descubierto. Lorenzo lanza un grito. Julia le ordena callarse con el gesto)

LORENZO: (POR DISIMULAR) ¡Ay...qué bien vamos a cenar, junto a la chimenea!

(Carlos lo mira. Se encoge de hombros, pasa por encima del cadáver evitándolo como si fuera un perro dormido y sin darse cuenta de nada. Lorenzo corre el sofá noventa grados y cubre de nuevo el cuerpo de Elisa. Pero Carlos ha te

mado la mesa y cuando se dispone a ir para atrás tropieza con el sofá)

CARLOS: ¿Qué pasa?

LORENZO: ¿Pasa algo?

CARLOS: ¿Por qué has traído para acá el sofá?

LORENZO: ¿Es que querías dejarlo allí?

CARLOS: Hasta que instale la mesa. Después lo acerco un poco y lo echo a este lado. Y ahí ponemos tres sillas.

LORENZO: Creí que habías tropezado con él y te lo habías llevado por delante. Como eres tan fuerte.

CARLOS: No.

(Toma el sofá de una punta, lo hace girar noventa grados y lo deja. Vuelve a pasar sobre el cuerpo de Elisa evitándolo con un acto reflejo)

Coge de ahí, Julia. Despacito. Vete dándole la vuelta a la mesa.

(Lorenzo a una seña de Julia empuja el cadáver debajo del sofá con gran trabajo y arrastrándose por el suelo. Por el giro que están dándole a la mesa, es inevitable que Carlos vea a Lorenzo maniobrar)

Cuidado con las botellas. Así va bien. De acuerdo.

(Julia opta por imprimir a la mesa la dirección contraria. Carlos acepta porque no hay inconveniente. Y en llegando al punto crítico, Julia pega para el otro lado)

Julia, de una vez, por favor! ¿Para qué lado quieres dar la vuelta?

JULIA: Para el que tú quieras, Carlos.

CARLOS: Para la derecha.

JULIA: (SEÑALANDO) ¿La tuya o la mía?

CARLOS: ¡La porra! ¡Vamos!

(Imprime un movimiento enérgico a la mesa y la coloca convenientemente. Lorenzo se seca el sudor con un pañuelo, sentado en el diván)

¿Ves? Ahora se ponen tres sillas. A la derecha, a la izquierda y en el centro. (A LORENZO) ¿Dónde te gusta estar?

LORENZO: En Torrelodones.

CARLOS: Digo a la mesa.

LORENZO: ¡Ah...donde tú quieras! Como te parezca.

CARLOS: En el centro dejaremos a Julia. Levántate.

(Lorenzo obedece. Carlos gira el sofá noventa grados y lo corre hacia el centro de escena. Sólo que la segunda parte la hace de espaldas, es decir, el brazo del sofá a su cintura cogido por las manos, y ello permite a Lorenzo tirar del cuerpo de Elisa y mientras Carlos arrastra el sofá, arrastrar él el cadáver. Luego comienza a empujarlo y meterlo debajo del sofá. Carlos, desatento a ello, habla a Julia, que está presa de una angustia enorme)

No viene Barrios. Me ha dado una receta para que la tomes mañana. Tres pildoras. Y me ha asegurado que en un mes estás completamente curada. ¿No es cierto, Lorenzo? (BUSCA A LORENZO) Lorenzo...¿dónde te has metido? ¡Lorenzo!

(Desde detrás del sofá suena la voz hueca y terrible de Lorenzo)

LORENZO: ¡Voy!

CARLOS: ¿Qué hacías ahí?

LORENZO: (SE ACABA DE INCORPORAR SUDOROSO) Atándome un zapato.

CARLOS: ¿Pero cómo puedes atarte nada si llevas zapato mocasín?

LORENZO: Ya decía yo: no encuentro los cordones, no encuentro los cordones.

CARLOS: Ayuda a Julia. Y si te es posible, déjate de tonterías.

(Carlos hace mutis por la izquierda y Lorenzo se apalzna al sofá. Carlos vuelve a salir. Julia y Lorenzo se detienen)

CARLOS: ¿Las copas de champán?

JULIA: Están ahí. (SEÑALA UN MUEBLE DEL SALON) Yo me ocupo de ellas.

(MUTIS CARLOS POR LA IZQUIERDA. JUAN APARECE POR LA DERECHA)
Dese prisa. El psiquiatra no viene por fin. Tenemos que apro-

vechar este momento. ¡Hagalo ya! Nos vamos a morir del corazón.

JUAN: Cójala usted.

LORENZO: Sí, don Juan.

JUAN: En cuanto la hayamos colocado vuelve por las joyas.

JULIA: ¡Rápido!

(Corren el sofá y Lorenzo se carga a hombros a Elisa. Corren a la puerta)

JUAN: Yo iré delante. ¡Vamos!

(Abren la puerta y en el umbral con la mano extendida para tocar el timbre. está doña ROSA con su platito de fruta escarchada y turrón. Lo que contempla es un hombre con una mujer a cuestas y otro con una pistola)

ROSA: Buenas noches. Les traigo un poquito de turrón.

(Juan, aterrado, le cierra la puerta en las narices. Dudan un instante. Suena el timbre. Juan corre por la derecha)

CARLOS: (DESDE DENTRO) ¡Julia! (LORENZO ESTA ATERRADO)

LORENZO: ¿Dónde la pongo?

JULIA: ¿Dónde la vas a poner? En su sitio. ¡De prisa!

(Lorenzo la coloca en el suelo y la cubre con el sofá. Carlos ha aparecido con unas servilletas y unos platos de fiambres)

CARLOS: ¿Han llamado?

LORENZO: Sí. Eso parece.

CARLOS: Bueno, pues abrid.

JULIA: Sí. (JULIA ABRE LA PUERTA. LA VECINA ESTA EN EL UMBRAL, ESTUPEFACTA) Buenas noches.

ROSA: (DE PRONTO) Dígame. ¿Lo van a hacer otra vez?

JULIA: ¿El qué?

ROSA: Abrir. Cargarse a alguien a las espaldas y cerrarme la puerta en las narices.

JULIA: ¿Nosotros? ¿Qué nosotros hemos hecho eso?

ROSA: No. Lo digo por traer a mi marido y a los chicos a que lo

vean, a ver si se les va la mania del fútbol.

CARLOS: (CON UNA SONRISA BENEVOLA) Pase, pase. (PICARON Y CONFIDENCIAL) ¿Está ya en casa el de la pistola?

ROSA: Sí, señor. Precisamente.

CARLOS: ¿No ha matado todavía al cura?

ROSA: Lo llevaba a hombros, pero...

CARLOS: ¿Y a qué espera para matarlo? ¡Eso se hace rápido! (LE DA UN GOLPECITO CARINOSO) ¡Qué buen humor! (Y TOMA UNA BOTELLA DE CHAMPAN. DEJANDO A LA VECINA CON LOS OJOS ABIERTOS. A JULIA) Tráete lo que falta. Sin prisa. (JULIA ASIENTE Y HACE MUTIS POR LA IZQUIERDA) Deje el platito ahí. Y muy agradecido. ¿Quiere aceptarme esta copa de champán? (LE HA SERVIDO UNA)

ROSA: (SONAMBULA) Muchas gracias. ¿Usted me ha llamado?

CARLOS: A su casa, sí, señora.

ROSA: Tenía que hablarme...

CARLOS: Y vamos a hablar...en mi despacho si a usted no le molesta. Luego quiero que vea usted habitación por habitación.

ROSA: La conozco.

CARLOS: De todos modos. (SONRIENDO) A lo mejor tengo escondida a Remedios. Ya sabe usted cómo son estas mujeres. Descaradas, sin la menor aprensión. Con tal de pasar la Nochebuena con su hombre, como dicen ellas, son capaces de esconderse debajo del sofá. (LORENZO SE SIRVE UNA COPA DE CHAMPAN Y SE LA BEBE MUY RAPIDAMENTE) Quiero advertirla que la nevera que poseo y la lavadora así como la cocina eléctrica, no las he traído de la tienda que le he comprado a Remedios.

ROSA: Muy bien. Pues se ha ganado usted un puro y vuelva a tirar.

CARLOS: En fin. Por encima, no existe la tal Remedios, ni hay tienda de aparatos eléctricos...vamos, ¿usted me cree capaz de irme al Canadá?

ROSA: No, no. Que se lo lleven, a lo mejor.

CARLOS: Si me cree sonámbulo, claro.

ROSA: Pues...

CARLOS: ¿Tengo aspecto de sonámbulo, Lorenzo?

LORENZO: De los que andan por el alambre...no, no, ni mucho menos.

CARLOS: Si no te molesta, los que andan por el alambre son funámbulos. Digo los que andan dormidos.

LORENZO: Como yo.

CARLOS: Una cosa así. Sentadas esas cosas, no tiene por qué venir su marido a esta casa. Y menos amenazar con una pistola al cura. disputándose los dos el amor de mi mujer.

ROSA: A usted le condenan a muerte todos los clientes...¿verdad?

CARLOS: No, señora. Los suelo sacar absueltos. Quiero que quede claro cuanto le he dicho, y perdone que la entretenga en una noche como ésta, pero vamos a vivir muchos años juntos, y es necesario que entre nosotros haya una confianza absoluta. Lo primer entenderse con el vecino. Y a su marido, que debe ser una excelente persona, le resultará más fácil entender a mi mujer si conoce ciertas peculiaridades de ella.

ROSA: ¿Qué quiere decir peculiaridades?

CARLOS: De todo éso voy a hablarle, si no tiene inconveniente.

(Le señala la izquierda en el momento en que sale JULIA con una bandeja, tres pollos en ella y un plato de gelatina y fiambre)

Doña Rosa y yo vamos a charlar un instante. Julia...el propio Barrios me ha recomendado que lo haga así. Ella lo comprenderá muy bien, porque es muy comprensiva...y no existirá ya ningún equívoco entre nosotros. Así, cuando nos reunamos a cenar tú no tendrás por qué avergonzarte de nada. ¿Te das cuenta? Y así iré derribando tus fabulaciones una a una para que vivas en la verdad.

- JULIA: Sí. Pero explícaselo todo hasta el final. No importa el tiempo. Si es preciso vuelvo a calentar los pollos.
- CARLOS: Así me gusta. Eso significa que te vas curando. ¿Quiere usted seguirme, señora? Por favor. (HACE MUTIS POR LA IZQUIERDA)
- ROSA: ¿Por qué le deja las botellas a mano?
- JULIA: ¿Y quién se las quita en estas fechas? Hágame un favor. Escúchele un rato. No es sólo el whisky. Se lo aseguro. Ese Barrios de que habla es un psiquiatra. Lo está tratando.
- ROSA: ¡Ay, madre!
- JULIA: No es peligroso en absoluto. Basta con darle la razón en todo Y decir que sí como norma. Me contento con que lo soporte usted diez minutos. Yo misma entraré a relevarla. Se lo pido por favor.
- ROSA: ¡Pobre hombre! Tan normal como parecía.
- JULIA: Ya ve usted. Ande...se lo ruego.
- ROSA: Pero no se aparte mucho. Esté al cuidado.
- JULIA: No se preocupe. Me pegaré a la puerta. Muchas gracias.
- (La empuja hasta hacerla salir por la izquierda)
- LORENZO: Ahora es el momento.
- JULIA: Aguarda. Ven aquí. (LOS DOS MUY JUNTOS) He reflexionado y si ese hombre ha tenido que quitar de en medio a uno de sus cómplices, porque hufa, el falso sacerdote, ya sabes...es posible que...no posea tantos individuos dispuestos a matarnos si le delatamos.
- LORENZO: Pero...
- JULIA: Ahora se llevará el cadáver, pero después habrá que darle más de un millón. Lo que hay en la cesta y la bandeja. No quiero resignarme.
- LORENZO: No se lo des y verás que tiro nos suelta.

JULIA: Sí. Pero hay unos minutos. Entre que lleva a Elisa y vuelve por las joyas. Esos son los que vamos a aprovechar.

LORENZO: No.

JULIA: Obedece. Es una carrera contra reloj. Pero la tengo cronometrada.

LORENZO: No me da la gana.

JULIA: Hazlo y te prometo que nos salvamos. (CORRE A LA IZQUIERDA. FINGE CERRAR LA PUERTA EN ESE INSTANTE) ¡Juan! ¡Juan!

(JUAN APARECE POR LA DERECHA)

JUAN: ¿Qué?

JULIA: Por fin hay tiempo de sobra. Mi marido se ha encerrado con la vecina en el despacho. Tenemos diez minutos. Tal vez más.

(JUAN MIRA POR LA IZQUIERDA)

JUAN: ¿Está segura?

JULIA: Completamente. Acabe de una vez y le aseguro que puede tener confianza en nosotros.

JUAN: (A LORENZO) Sáquela de ahí.

JULIA: (DETENIENDO A LORENZO) No. No podrá hacerlo.

JUAN: ¿Qué le pasa?

JULIA: Mírelo. Está deshecho. No puede con su alma.

JUAN: Que lo intente.

JULIA: Rodará con ella. Ahora tiene usted tiempo... puede tomarse el que quiera. Hágalo todo con calma. Nosotros le aguardamos.

JUAN: ¡Que lo intente!

JULIA: Inténtalo, Lorenzo.

(Lorenzo traga saliva. Se inclina. Saca a Elisa. Despacio)

¿Se da cuenta de que estamos perdiendo tiempo?

JUAN: Déjele hacer. (LORENZO SE SECA EL SUDOR. APENAS PUEDE CON ELISA) ¿Tanto miedo le da?

LORENZO: No. Si me he acostumbrado ya a ella. Es que seguramente estoy muy nervioso.

(JUAN LE APARTA. TOMA A ELISA EN BRAZOS)

JUAN: ¡Atentos! Haré sonar el claxon de la ambulancia dos veces.

JULIA: Nosotros le sacaremos la cesta y la bandeja.

JUAN: Sólo aguardo un minuto a que se abra esta puerta. Si en un minuto no se ha abierto, entro aquí y acabaron ustedes. No intenten ninguna jugarreta, porque me es lo mismo ir a la cárcel por dos que por cinco.

JULIA: Es muy lógico.

JUAN: Abra la puerta. Estoy harto de encontrarme gente detrás.

(JULIA ABRE LA PUERTA)

JULIA: ¡Nadie!

JUAN: Un minuto. Y sólo necesitaré dos para llegar hasta aquí.

(Asiente Julia. Juan hace mutis por el foro. Julia cierra la puerta. A Lorenzo)

JULIA: ¡Cierra el ventanal del dormitorio!

LORENZO: ¡Bastante importa! Romperá los cristales.

JULIA: Pero perderá tiempo y lo que necesito es tiempo. ¡Corre! Tráete el cesto y la bandeja.

(Lorenzo desaparece por la derecha. Julia corre el cerrojo de la puerta del foro. Lorenzo vuelve con el cesto y la bandeja)

Hay que llamar a la Policía. ¡Dios mío!

LORENZO: ¿Qué?

JULIA: La guía de teléfonos está en el despacho.

LORENZO: Pregunta a Información.

JULIA: Sí. (TOMA EL APARATO. LO CUELGA RAPIDAMENTE) ¡Jesús bendito! Está hablando Carlos desde el despacho.

LORENZO: Cambia la clavija.

JULIA: Claro. Solo que la clavija está en el despacho.

- LORENZO: ¿Con quién hablaba?
- JULIA: Creo que con Barrios.
- LORENZO: Yo me voy, Julia.
- JULIA: (DETENIENDOLO) No. En cuanto termine de hablar cambiará la clavija y pondrá la comunicación aquí. Lo hace siempre.
- LORENZO: ¿Y si la está contando "Lo que el viento se llevó"?
- JULIA: Estará pidiendo su testimonio para algo. (LEVANTA EL AURICULAR) ESCUCHA) ¿Qué te dije? Barrios hablando a doña Rosa.
- LORENZO: ¡Grita ahora! ¡Dile a Barrios lo que ocurre!
- JULIA: Nadie me creerá. Supondrán que es otra historia fabulosa que he inventado. (HA COLGADO) Si pudiéramos ganar tiempo. ¿Tú no sabes el número de la Dirección General de Seguridad?
- LORENZO: No. Pero me sabía el de la Comisaría de Universidad de memoria. Lo tenía apuntado en el block.
- (Se palpa con desesperación el smoking. Un chasquido en el teléfono)
- JULIA: (TOMANDO EL AURICULAR) ¡Han terminado! Ya está la comunicación. Dime el número.
- LORENZO: Sí. (SE PASA UNA MANO POR LA FRENTE) Dos. ¿Cuántos eran los Apóstoles?
- JULIA: ¡Imbécil! ¿A que viene ahora eso?
- LORENZO: (TEMBLANDO) Es que es así como me acuerdo. Déjame hacerlo a mi modo. ¿Cuántos eran los Apóstoles?
- JULIA: Doce.
- LORENZO: Doce al revés. Veintiuno. Dos-veintiuno... (EL CLAXON DE UN COCHE SUENA DOS VECES) ¡El claxon!
- JULIA: ¡Sigue!
- LORENZO: Dos-veintiuno. ¿Cuándo empezó la guerra europea?
- JULIA: ¿Cuál?
- LORENZO: La primera.

JULIA: En 1914.

LORENZO: Las dos últimas como se dicen: catorce. Dos-veintiuno-catroce
¿Cuándo ocurrió la batalla de las Navas de Tolosa?

JULIA: ¡No sé!

LORENZO: ¡Ay, madre! Pues la hemos fastidiado. No sé seguir,

JULIA: Aguarda. Sé que son dos números iguales.

LORENZO: Eso. Quince quince.

JULIA: No.

LORENZO: Trece trece.

JULIA: No. (CON UN GRITO) Doce doce. Mil doscientos doce.

LORENZO: Uno más dos, tres, más uno, cuatro. Se le añade un uno. Cinco.
Marca un cinco. Y la cifra siguiente como está. Un dos. Dos,
veintiuno, catorce, cincuenta y dos. ¡Exacto!

(Están golpeando en los cristales. Julia ha
marcado en el teléfono)

JULIA: Comisaría de Universad. Estoy amenazada de muerte por un la-
drón. ¿Eh? Sí, sí. (CUELGA)

LORENZO: Que es mentira, ¿no?

JULIA: (MARCANDO) Que llame al 091.

LORENZO: (DESESPERADO) Ese me lo sabía por las buenas.

JULIA: ¿091? Julia Masip de Poveda. Avenida del Valle, 18. Estoy
amenazada por un ladrón que ha prometido matarme si lo delato.
Conduce una ambulancia que tiene a las puertas de mi hotelito.
(RUIDO DE CRISTALES ROTOS) Está entrando. Si se ve cercado
disparará contra mí. Sí. Le entretendré. Vienen. ¿En dos mi-
nutos? Son ustedes muy rápidos. Hagan lo que quieran, pero que
no descubra que son de la Policía. No les daría tiempo a in-
tervenir. Me mataría antes.

(Cuelga rápidamente. Juan ha aparecido por la
derecha. Tiene la pistola en la mano)

JUAN: ¿Por qué no han abierto?

JULIA: No le hemos oído.

JUAN: Toqué el claxon dos veces y he aporreado los cristales del dormitorio.

JULIA: No hemos oído nada...¿verdad, Lorenzo?

LORENZO: Nada.

(JUAN LO COGE DE LAS SOLAPAS)

JUAN: ¿Por qué tiembla usted?

LORENZO: De la misma alegría de verle.

JUAN: ¿Quién cerró la ventana?

LORENZO: Yo...la ví abierta y la cerré. Desde pequeño me ha dado por cerrar cosas. En mi casa mi madre me decía: Lorencito, cierra el armario, y yo lo cerraba y me pillaba los dedos.

JUAN: Sí, ¿eh? Pues ahora va a ser más difícil. Se viene usted conmigo. Inventa lo que quiera, señorita. Pero éste va a estar veinticuatro horas conmigo como rehén. Y si la Policía para la ambulancia por cualquier motivo, usted despídase del mundo, amigo.

LORENZO: Oiga, yo soy un español lleno de ilusiones, con su gabardina y su ejemplar de "Marca".

JUAN: ¿Me ha entendido, señora?

JULIA: Sí.

LORENZO: No dejes que se me lleve. Me va a tirar al mar en Fuenterrabí.

JULIA: Quiero que se convenza de que la Policía no se va a meter con él. Debes marcharte.

LORENZO: Pero ¿por qué no te marchas tú y así ves mundo?

JULIA: Por la sencilla razón que si me voy yo Carlos denunciará el asunto a la Policía, y si eres tú el rehén, siempre podrá inventarse una mentira y Juan tendrá tiempo de escapar.

JUAN: Me maravilla que sea usted tan inteligente. ¡Vamos! Coja éso.

JULIA: Yo te lo doy, Lorenzo.

(LE TIENDE LA CESTA QUE LORENZO COGE)

LORENZO: Dile a Luisita que la quise mucho. Y nada de tirar la casa por la ventana en el entierro.

JULIA: Anda.

(Le pone la bandeja en la cabeza y a todo intento le da un golpe en la bandeja, derribándola de la cabeza. El contenido cae, esparciéndose por el suelo)

JUAN: ¡Maldito imbécil!

(Lo zarandea. Julia aprovecha y de un puntapié arrebatada de la mano de Lorenzo la cesta, que cae, esparciéndose su contenido por escena)

¿Pero qué hace? ¿Por qué se le cae todo?

LORENZO: Y si sigue zarandeándome se me va a caer la cabeza.

JULIA: ¡Por favor, Lorenzo! Ten más cuidado. Aprieta las manos.

JUAN: ¡Recoja eso! ¡Pronto!

LORENZO: Sí, profesor.

(Se tira al suelo y empieza a recoger las cosas)

JUAN: ¡Todas al cesto!

LORENZO: Al cesto, profesor.

(Va amontonando objetos dentro del cesto. Juan separa una sortija. Se la tiende a Julia)

JUAN: Tenga. Y siento no poder regalarle otra cosa. Se ha portado usted muy bien. Olvide mi cara y viva tranquila. Su marido podrá comprarle muchas cosas. Este es un pequeño equilibrio social.

JULIA: (TOMANDO LA SORTIJA) Muchas gracias.

JUAN: (A LORENZO) ¿Usted quiere algo?

LORENZO: No, gracias. Que aproveche.

JUAN: Digo de ahí. (SEÑALA EL CESTO)

LORENZO: Nada, nada. (SE PONE DE PIE)

JUAN: ¡Adiós!

(EL TIMBRE DE LA PUERTA SUENA. UNA VEZ, DOS)

JULIA: ¿Qué hago?

JUAN: ¿Espera a alguien?

JULIA: No.

JUAN: Despáchele pronto a quien sea. Y no le deje entrar. Pregunte.

JULIA: ¿Quién es?

VOZ: (DESDE DENTRO) ¿Señora de Poveda?

JULIA: Sí.

VOZ: Me llamó usted ayer. Le traigo el encargo que me ha pedido.

JUAN: ¿Qué cnargo es?

JULIA: No recuerdo. Estoy tan nerviosa.

JUAN: Pregunte.

JULIA: ¿Qué es?

VOZ: El bolsillo de noche para la fiesta, señora. Soy de la casa Loewe. Hemos tenido mucho trabajo y no queríamos que se quedara usted sin él. Como me coge de paso se lo traigo ahora. Espero haber llegado a tiempo.

JULIA: ¡Ah, sí, es cierto!

JUAN: Despáchelo de prisa.

(Julia abre la puerta. Un HOMBRE con gabardina en el umbral. Juan se ha ocultado tras la puerta)

HOMBRE: Perdón, señora. Me tendrá que firmar aquí. (CON UN CUADERNITO EN LA MANO. Y UN LAPIZ) ¿Me permite? (ENTRA CERRANDO LA PUERTA TRAS DE SI. JUAN OCULTA LA PISTOLA A SU ESPAIDA) ¿Puedo escribir ahí? (SEÑALA LA MESITA)

JULIA: Sí.

(El Hombre saluda con sencillez a los otros dos)

HOMBRE: Buenas noches. Felices Pascuas.

LORENZO: Sí. Eso dicen.

(EL HOMBRE SE SIENTA Y ESCRIBE)

HOMBRE: He recibido de don Aurelio López Echagüe, de la casa Loewe, el bolso por mí encargado, completo con espejo, polvera, en perfectas condiciones. (LE TIENDE EL LAPIZ) ¿Quiere firmar? Perdona tanta ceremonia, pero para nosotros es un descanso.

(Julia ha mirado el escrito y no puede reprimir un gesto de e trañeza. Luego escribe algo y firma. Devuelve el cuaderno al Hombre que lee por encima lo escrito por Julia)

De acuerdo.

(Desenvuelve un paquete muy somero y le muestra un bolso)

JULIA: Gracias.

HOMBRE: No me molesta comprobar que todo está en orden. (ABRE EL BOLSO. SACA UN ESPEJO) Espejo. (AHORA UNA POLVERA) Polvera. (AHORA UNA POLVERA CON LA QUE APUNTA A JUAN) ¡Estate quieto! (JUAN SE DESCONCIERTA) Retírese usted...usted, el del smoking! ¡Vamos! Retírese. Tira la pistola. Junto a la ambulancia tienes un coche patrulla. No querrás armar jaleo, ¿verdad? (JUAN TIRA LA PISTOLA. EL HOMBRE LO CACHEA CON HABILIDAD) ¡Tranquílcese! ¡Vamos! No tiemble usted así, hombre. Ya ha pasado el peligro. ¡Qué nohecita! Parece como si todos los ladrones de España escogieran Nochebuena, Nochevieja y Reyes para cometer los robos. Este al menos va en mangas de camisa. ¡Y los que se disfrazan de cura!

LORENZO: (SECANDOSE EL SUDOR) No me diga.

HOMBRE: O de Policías Armados. Y las mecheras que se visten de monjas y piden permiso para dar un recado por teléfono al convento. ¡Vamos, tranquilícese, señora! Ha estado usted muy serena.

LORENZO: ¿Cómo sabía que él era el ladrón? Podía haber sido yo.

HOMBRE: Me lo escribió la señora.

JULIA: (CON EL CUADERNITO EN LA MANO) El puso: "¿Cuál de los dos es el ladrón?". Y yo escribí algo debajo: "El que está en mangas de camisa".

HOMBRE: Deme el bolso, si no le importa. Nos lo ha dejado una señora en la calle.

JULIA: ¡Qué me va a importar!

HOMBRE: Será necesario que preste declaración. Y usted. Pero verá de que lo haga mañana. (A JUAN) ¡Anda! Y sin armar ruido, ¿eh?

JUAN: (A JULIA) No será la última vez que nos veamos.

HOMBRE: No le haga caso. Todos dicen lo mismo. Usted ya puede estar tranquila.

(En ese instante aparece CARLOS por la izquierda. Contempla la escena)

CARLOS: Pero Julia...Pero...Julia, por la Virgen. Ya está bien de historias. Que tenemos a la vecina en casa. ¡Vamos, Julia, por Dios! (Y SIN DEJAR HABLAR A NADIE QUITA AL POLICIA LA PISTOLA No jueguen más...!es suficiente de cosas raras por hoy!

(Juan aprovecha la ocasión. Aparta a Lorenzo de un manotazo. Hace mutis por la derecha)

HOMBRE: (RECOBRANDO LA PISTOLA) ¿Quién es este idiota?

JULIA: Mi marido.

HOMBRE: Pues lo siento por usted.

(Corre por la derecha y desaparece. Julia entreabre la puerta)

JULIA: ¡Ven aquí, Lorenzo! Mira. (LORENZO HA CORRIDO JUNTO A ELLA) Quiere saltar la tapia.

(Carlos cansado de bromas sonríe benévolutamente)

LORENZO: Le atajan.

JULIA: Vuelve. Ahí está el policía de la gabardina.

LORENZO: ¡Cogido!

JULIA: (CON UN GRAN SUSPIRO) ¡Sí!

LORENZO: Salió bien tu plan, Julia. Me he llevado un tortazo, pero salió bien. ¡Felicidades! Tienes mucho valor.

JULIA: Gracias, Lorenzo.

CARLOS: Cuando termineis esa farsa repulsiva...¿quereis escucharme un momento?

LORENZO: Pero, Carlos...es real. Ha ocurrido...yo mismo, ahí debajo...
(SEÑALA EL SOFA)

JULIA: (CON DECISION) ¡Callate, Lorenzo!

LORENZO: Pero es que...

JULIA: (ENCOGIENDOSE DE HOMBROS) ¡Callate! (MUY OBSEQUIOSA) Sí, Carlos. Te escucho. Yo siempre te oigo, Carlos.

CARLOS: Doña Rosa quiere hablar contigo dos palabras. Le he explicado todo como tú querías. De arriba a abajo. Y está conforme y me ha dado la razón en todo. Discúlpate ante ella como un ser normal y luego con toda tranquilidad me cuentas quienes son estos dos que has escogido para la escena de la pistola. Y tú, Lorenzo, me explicas por qué has caído otra vez en la tentación de ayudarla. Y si es posible no monteis más mentiras en lo que queda de noche.

(Se vuelve. Toma una fruta escarchada y mastica con toda tranquilidad)

LORENZO: (A JULIA) ¿Son figuraciones mías o es imbécil?

JULIA: Es imbécil, Lorenzo. Y está más loco que yo, porque entre la imaginación y la verdad miope la locura esta siempre en la verdad miope. Digas lo que digas, vea lo que vea, se negará a admitir lo que no sea razonable y lógico. ¡Buen camino para llegar a ministro! Pero nada más. (A CARLOS) Vuelvo en seguida, cariño.

CARLOS: Te esperamos.

(Julia hace mutis por la izquierda. Lorenzo se ha dejado caer en el sofá, secándose el sudor con un pañuelo. Carlos ha cogido del suelo la pistola. Sonríe)

¡Qué bárbara!

(Encuentra sobre la mesita los zapatos de Elisa que dejó allí Lorenzo, como recordamos)

¡Dios mío! Un par de zapatos. Y manchados de sangre. ¿Qué inventará sobre ellos? ¿Qué se le ocurrirá decir?

(Ha sonado el timbre de la puerta. Carlos va hacia ella)

LORENZO: A lo mejor que han matado a la criada y la han metido debajo del sofá.

CARLOS: Eso sería muy vulgar. Algo más grande.

(Abre la puerta. Dos monjitas de rostro pícaro y ojos vivaces en el umbral)

MONJITAS: Usted perdone, caballero. Es que se nos ha hecho tarde y necesitaríamos avisar al convento para que no se inquieten. ¿Nos permitiría llamar por teléfono?

CARLOS: Naturalmente, madre. Pasen, pasen.

(Lorenzo mira con los ojos fuera de las órbitas a las dos monjas que avanzan sonrientes y mansas. Carlos ha cerrado la puerta. Caе rápidamente el

T E L O N

=====